

7



# LAS MISIONES CATÓLICAS

## Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

## Se publica el 15 de cada mes

Año VIII. - Lunes, 15 Enero 1900. - N.º 157

## Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.  
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

✠ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pinó, 5, Barcelona ✠



Yeso (Japón).—Grupo de jainos; copia de fotografía remitida por el P. Marnas. (Pág. 15)

Febrero  
1900

182

Ayuntamiento de Madrid







**Texto.**—CORRESPONDENCIA: Se Sui Tien (China), Madras (Indostán), Su-tchuen Occidental (China).—RECONOCIMIENTO DEL CUERPO DEL VENERABLE PEDRO TUY.—VIAJE Á TRAVÉS DE LA NUEVA POMERANIA, por el R. P. J. V., de la compañía del Sagrado Corazón de Issudun.—PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—EL REAL COLEGIO DE PADRES AGUSTINOS DE VALLADOLID, DE LAS ANTIGUAS MISIONES DE FILIPINAS.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—CRÓNICA.—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES. La hija de San Fernando.

**Grabados.**—YESO (Japón). Grupo de ainos.—NUEVA MECKLEMBURG (Oceanía): Insulares con máscaras.—CAZADOR AINO.—ENTRE LOS NEGRILLOS: Africano jugador de damas.—NUEVA MECKLEMBURG (Oceanía): Indígenas en orden de batalla.—VISTA GENERAL DE LA BAHÍA DE DJUNICH EN BKERKI.—ESPAÑA: Vista general del Real Colegio de Padres Agustinos de Valladolid.—PESCADOR AINO.—CHINO PESCANDO CONCHAS Y ALGAS.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



### SE SUEI TIEN (China)

22 de Abril de 1899.

No dudamos sea leída con creciente interés la siguiente correspondencia que debemos á la amabilidad del devoto agustino español R. P. Fr. Pedro Rodríguez.

R. P. José Pons:

**M**i amado Padre: En su carta del 13 de Febrero me suplicaba V. que, si ocupaciones más importantes no lo impedían, le enviase una reseña de lo ocurrido en Tse Leang P'in y Se Sui T'ien en estos últimos meses. Le debo á V. demasiado para poder negarme á cumplir ese su deseo; y aunque siento mucho poner manos á la obra, parte por no estar yo mismo suficientemente enterado, y parte también porque habiendo empezado estos días á estudiar de memoria el Catecismo (1), y siendo acaso la única obra buena que he emprendido con fervor, siento distraerme algo de ella hasta haberla dado fin. Sin embargo, como pierdo muchos ratos, sólo se reduce á distribuir mejor el tiempo, y así habrá para todo.

Empiezo, pues, mi narración. En los primeros días del mes de Diciembre (98) llegaron aquí rumores de que había grandes turbaciones en el distrito de Tch'ang-Lo, y algunos días después nos contaban lo mismo de Pa-Tung; y no tardaron en esparcir el pánico entre nuestros cristianos algunos fugitivos de aquellas tierras, contando cosas verdaderamente terribles, y entre otras noticias que nos daban, era una de ellas la prisión del P. Tong (ignoro el nombre europeo) (2), con algunos detalles de la misma. Estos rumores aparecían

(1) Hace poco que llegó á las Misiones.

(2) El P. Victorino, franciscano.

de día en día más verídicos y también más amenazadores para nosotros, pues lo pintaban ya como una persecución en toda regla, y si no de un modo manifiesto, á lo menos tácitamente permitida por los mandarines, que ninguna señal daban de oponerse á los designios de los revoltosos.

Yo, que ya entonces estaba persuadido de que los chinos son demasiado asustadizos, no hacía gran caso de sus temores; pero tantas eran las instancias que los cristianos de aquí y el mismo P. Pablo, sacerdote indígena, me hacían (él no se atrevía á hacerlo por sí mismo), para que escribiese al Sr. Obispo ó al P. Celedonio, á fin de que ellos á su vez lo comunicasen á los mandarines y pudiesen ellos tomar las providencias conducentes, y así se pudiera evitar la invasión de aquellos bárbaros, que al fin cedí. Envié, pues, á Li-Tchou á uno de nuestros cristianos con carta para el P. Celedonio, en que le contaba lo que aquí se decía, y le exponía los deseos de los cristianos y sus temores, para que en vista de aquellos datos, obrase él según le dictase su prudencia. El portador de la carta no se contentó con lo que sospechaba que yo diría en ella, y se lo pintó todo al Padre con colores mucho más negros aún; así es que el P. Celedonio lo puso todo inmediatamente en conocimiento de los mandarines, para que ellos obrasen como debían, y me contestó sin pérdida de tiempo, animándome no poco, que sabe hacerlo admirablemente. Teníamos determinado el P. Pablo y yo bajar el lunes antes de Navidad á Tse Leang P'in, para que él oyese las confesiones de aquellos cristianos, y después me quedase yo allí para la fiesta, y él volviese á subir para celebrarla aquí; pero viendo como se presentaban las cosas, me indicó el P. Pablo aquella misma tarde en que envié la carta al P. Celedonio (14 de Diciembre), que convenía que él bajase antes á Tse Leang P'in, á fin de preparar aquellos cristianos por lo que pudiera ocurrir.

No me opuse á su intento, y dejé que obrase como le pareciese bien, aunque conocía demasiado la causa de esta determinación. Pocos momentos después nos llamó la atención el oír en las casas de nuestros vecinos Mei P'in y Mei Lo, extraordinario concurso y no poca gritaría, que aún á mí me dió en que pensar, pues duró aquel barullo hasta las once de la noche, en que se retiró cada uno pacíficamente á su casa, sin que nosotros pudiéramos hasta la mañana siguiente salir de nuestras dudas. Después supimos que había sido una fiesta de familia, y que aunque habían hablado de los revoltosos y de si podrían saquear nuestra casa (esto lo oyeron los de la iglesia), había sido casualmente. Determinó, pues, el Padre salir á la mañana siguiente (jueves, 14) para Tse Leang P'in, pero como no tenía cargadores ni silla preparada, se decidió á subir á los montes de Pi Kia Ya, para que desde allí le llevasen aquellos cristianos á Tse Leang P'in con su sobrino, que como es natural no quería quedarse con nosotros en tales circunstancias.

Un poco disparatada fué esta resolución, pero como el Padre no quería detenerse aquí ni un momento, apenas amaneció la puso en práctica, padeciendo como es consiguiente, pues ya no es mozo y haciendo á pie tan horroroso camino. El día 16, viernes, bajó el P. Pablo



desde Pi Kia Ya á Tse Leang P'in, andando gran parte del camino para que el muchacho su sobrino pudiese descansar á ratos, pues aunque iba gente suficiente para llevarlos á ambos, no tenían silla más que para uno solo. Creo que ese mismo día 16 tuve yo noticia de la muerte del P. Tong y de las barbaridades con él ejecutadas, lo cual, gracias sean dadas á Dios, lejos de acobardarme me animó mucho. Dios quiera que si otra vez viene de veras, me dé el Señor la misma fortaleza. Entonces yo sentía el auxilio divino, y empecé á ejercer el oficio de misionero. Nunca me sentí tan valiente. Repito que sea Dios bendito, pues suya era aquella gracia, y mía la tibieza ordinaria. Como los cristianos de por aquí abajo se subieran casi todos á los montes, pues se creía ya muy cercana la invasión de los bárbaros (habían estos escrito á los mercaderes de So Kai para que les tuviesen preparados comestibles), yo me decidí á subir también á Pi Kia Ya el sábado 17, para que oyesen allí la Misa los fugitivos, pues aquí había de quedar casi desierta la iglesia ó poco menos. Subí, pues, el sábado por la tarde (habiendo antes recibido noticia de la llegada del P. Pablo á Tse Leang P'in y de sus temores) y no me pesó, pues asistieron allí á Misa más de cuarenta cristianos, algunos de ellos de Hu Pe. Parecía que se renovaban los tiempos de las catacumbas.

El domingo, 18, después de Misa volví á bajar de los montes, recibiendo en el camino las felicitaciones de algunos paganos afectos á nosotros, que se admiraban de mi valor. ¡Si ellos conociesen á quien me lo daba no se admirarían tanto! ¡Dígnese El por su misericordia hacer que todos le conozcan y le alaben! Tanto era el entusiasmo que uno de ellos medio catecúmeno mostraba, que se atrevió á darme dos golpecitos en el pecho, y como para consolarme y animarme más, dijo que el P. Tong, según había oído, tenía el corazón mayor que los chinos.

El mismo día 18 por la noche llegó aquí el cristiano Kung T'ai que estaba trabajando en no sé qué lugar de Hu Pe, y venía huyendo de la quema, el cual nos dió cuenta de que los revoltosos habían llegado ya á Sen Tse P'iu (de Hu Pe), que dista cuatro leguas de Tse Leang P'in, en donde habían quemado las viviendas de los cristianos. El lunes, 19, envié un cristiano á Tse Leang P'in con carta para el P. Pablo, una ó dos botellas de vino de Misas y algunas más de aceite, y con el encargo además (aunque creo que no sería necesario advertírselo) de que al menor peligro, lo tirase todo y se escondiese, ó huyese para no ser cogido. El mismo día 19 por la tarde llegó á este lugar el cristiano que había enviado á Li Tchou, y que había pasado por Tse Leang P'in á su vuelta, trayendo además de la contestación del P. Celedonio, otra carta del P. Pablo rebotando tristeza, y en ella me comunicaba la misma noticia que yo había recibido el día anterior acerca de lo ocurrido en Sen Tse P'in y su decisión en vista de ello, y del peligro que en Tse Leang P'in corría, de bajar á Li Tchou con los cristianos que allí había, poniéndose la noche siguiente en camino todos, excepto el Wang Kan Tsiang. El jueves, 22, antes del mediodía, vino un pagano de Tse Leang P'in con carta de dicho cristiano Wang, en que me comunicaba la noticia del robo de

nuestra residencia, sucedido la noche siguiente á la de la salida del P. Pablo para Li Tchou (20-27). Luego que me enteré de lo ocurrido, me determiné á ir allá con el Sien Sen inmediatamente, á ver si obteníamos del jefe de somatenes y de los principales del pueblo, que obligasen á los ladrones á restituírnos nuestras cosas, antes de darles tiempo para llevarlas á otras partes ó venderlas, y si podía ser se arreglase así el asunto sin necesidad de llevarlo á los tribunales. Cuando ya estaba yo para emprender el viaje se me opusieron los cristianos, diciendo que si yo salía sucedería aquí otro tanto. Probablemente así hubiera sucedido, y así lo pensé entonces, por lo cual envié sólo al Sien Sen con las instrucciones de lo que yo quería que se hiciese, y que cumplida su comisión se volviese inmediatamente, si podía ser para el día de Navidad. De la ida del hijo del *viejo* King yo no tuve noticia hasta algunos días después. Bajaron, pues, los dos á Tse Leang P'in, y hablaron con los principales del pueblo con buenos resultados, aunque no del todo satisfactorios por parte de los ladrones; pues aunque algunos de ellos restituyeron lo que tenían en su poder, otros se negaron á ello, y el que después fué decapitado en Se Men, amenazó con llamar en su auxilio á los revoltosos de Hu Pe. No fué sin embargo él el que los llamó, sino el hijo de la viuda nuestra vecina, como se supo después por una carta escrita por él y presentada por los que destruyeron la residencia á nuestros cautivos. Como los ladrones empezaron á restituir las cosas robadas, pero no se obtenía todo el resultado que era de desear, el Sien Sen con su compañero se detuvieron en Tse Leang P'in hasta el miércoles de la semana siguiente, día 28, en que me enviaron una carta dándome cuenta de sus gestiones, y pidiendo el Sien Sen la ropa buena para esperar allí al mandarinillo militar Siao, que ya sabían llegaría allí pronto para proteger aquella Residencia.

A la carta de Sien Sen contesté de palabra, urgiendo para que subiese sin pérdida de tiempo; pues ni su familia ni yo estábamos tranquilos por el peligro en que él se hallaba, sin necesidad y contra mi voluntad; pues para cuidar de las cosas recogidas y de las demás que los ladrones tuvieran á bien entregar, bastaba el cristiano Wang y Min-Ts'ai que había vuelto de Li Tchou. Di también orden de que no le llevasen la ropa al Sien Sen, para de este modo conseguir que subiese más pronto, pero á pesar mío se la llevaron, aunque no llegó á sus manos por estar ya su dueño, con los otros tres cristianos, en poder de los revoltosos.

Como en la Residencia nuestra no había quedado nada de cuanto pudieron aprovechar los ladrones, los cuatro cristianos de quienes venimos hablando, más el hijo Min Kang que había vuelto con Min Ts'ai, dormían todos en la casa de Wang, que está á la entrada del pueblo por el Oriente.

Fué gravísima imprudencia encerrarse en tales circunstancias en aquella ratonera, pues dicha casa no tiene más salida que una puerta, y la ventana bastante alta que mira al río, así es que fueron con suma facilidad cogidos, pues llegaron de noche los revoltosos de Hu Pe, y después de sitiar la casa, dieron aviso á los del pueblo para que no se inquietaran ni se opusiesen, pues venían sólo á destruir la iglesia, é inmediatamente



te prendieron á los cristianos que allí había menos el hijo de Min Kang que se escabulló por entre ellos, y después de cuatro días fué á parar á Li Tchou, contando lo sucedido en Tse Leang P'in. A Min Ts'ai, que estaba en el desván, se contentaron con tirarlo desde arriba, magullándolo no poco, y al hijo del viejo Kung le causaron algunas heridas en la cabeza y en la cara, pero ninguna de gravedad, mas en los otros dos se ensañaron terriblemente: en el Wang por habernos dado noticia del robo, y en el Sien Sen (José Tchang) por ser criado nuestro. A este último se puede decir que lo acribillaron completamente.

### MADRAS (Indostán)

*Su Santidad León XIII y el P. Fernández*

Traducimos del diario portugués *A palavra*, el siguiente interesante relato de la audiencia concedida por S. S. el Papa al Ilmo. Sr. Barroso, obispo de Meliapur.

EL Romano Pontífice admitió hace pocos días en audiencia particular al eminente prelado Ilmo. Antonio de Souza-Barroso, obispo de Santo Tomás de Meliapur, en las Indias.

Acompañaban á S. I. numerosos sacerdotes, entre los cuales figuraba un misionero indo, el R. P. Fernández. La presencia de este sacerdote de elevada estatura, luenga barba y piel cobriza, llamó la benévola atención de Su Santidad, quien dignóse dirigirle la palabra y mantener la siguiente conversación en latín:

—¿Cómo te llamas?

—Lorenzo Javier Fernández.

—¿Dónde cursaste la carrera eclesiástica?

—En el Seminario de Rachol, Goa, dirigido por el patriarca Dom Valente.

—¿Dónde resides actualmente?

—En la diócesis de Meliapur.

—¿Y naciste?...

—En Manapard (Costa de Coromandel), tierra donde San Francisco Javier permaneció largo tiempo y escribió no pocas de sus cartas.

—Deber tuyo es, pues, alentar el mismo espíritu de San Francisco Javier.

—Sí, Santísimo Padre: ¡ojalá con vuestra bendición logre parecerme algo al santo modelo de misioneros!

—¿En qué te ocupas?

—Estoy al frente de una parroquia de 3,000 almas en la ciudad de Madras.

—¿Es piadoso el pueblo? ¿Comulga con frecuencia?

—Sí, Santísimo Padre; los cristianos del Sud de la India se acercan con frecuencia al celestial convite, y hablando en general el pueblo es bueno.

El Ilmo. Sr. Barroso añadió su testimonio al del Padre Fernández.

—Sí, Santísimo Padre, dijo, los cristianos del Sud de la India gustan de la frecuente Comunión.

Mucho alegraron al Papa estas palabras, y contestó:

—Bien, hijo mío, trabaja y lucha con denuedo por la causa de la Religión.

El P. Fernández prosiguió:

—Santísimo Padre: nosotros, los cristianos indíge-

nas de la India, estamos muy agradecidos á Vuestra Santidad por la gran solicitud y paternal benevolencia de que habéis dado elocuente prueba fundando el Seminario de Kandy (Ceylán), para la educación del clero indígena. El próximo pasado año visité Kandy y admiré el Seminario, magnífico monumento que ostenta orgulloso el nombre de Vuestra Santidad. Os doy gracias, Santísimo Padre, en nombre propio y en nombre de todos los indios cristianos. Dignaos aceptar el testimonio de nuestro grande y sincero agradecimiento.

El P. Fernández ofreció al Papa reproducciones fotográficas del orfalinato que dirige, donde se albergan 150 huérfanos; le presentó también ejemplares de una obra espiritual escrita por S. S. León XIII, y que dicho Padre ha vertido al tamul.

—Benedicidme, añadió, bendecid mis feligreses, mi pueblo, mis compatriotas y mis padres; bendecid al clero y Comunidades religiosas indígenas; bendecid nuestras obras y á la India toda, para la cual me atrevo á implorar vuestra apostólica bendición.

—Gustoso acepto estos regalos y la gratitud que en nombre de todos me testificas, y te bendigo á ti, á tus obras, á tus bienhechores y á tu pueblo: ¡en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Sí, también yo abrigo la esperanza de que el Seminario de Kandy ha de ser poderoso auxiliar para la propagación del Evangelio en toda la India.

Nueva y evidente prueba de lo mucho que el Papa ama á las Indias, son sus fervientes deseos de ver próspero y feliz el clero indígena.

El P. Fernández posee numerosas lenguas, y en la actualidad busca limosnas para establecer una imprenta en su orfalinato.

### SU-TCHUEN OCCIDENTAL (China)

*Noticias de la Misión*

La siguiente correspondencia que el Ilmo. Dunand, de las Misiones Extranjeras de París, vicario apostólico de Su-Tchuen Occidental, envía á los directores de la Obra de la Propagación de la Fe, comunica importantes noticias, que nos apresuramos á reproducir, de la actual situación de esta inmensa y lejana porción del imperio chino.

AL cerrar el ejercicio de 1898-99 tenemos grabado en la memoria el recuerdo de nuestros bienhechores y muy especialmente de aquellos que año tras año nos remiten el dinero necesario para nuestro sustento y el de nuestras obras.

Si exceptuamos algunas docenas de Misas, lo que familiarmente llamamos *eventual* es en estas tierras totalmente desconocido. Bautismos, casamientos, etc... todo se hace gratis.

Con sus 660 francos anuales el misionero debe aguzar su ingenio y mantenerse y vestirse á sí mismo, y mantener y vestir al criado, al cocinero... y á determinado número de mendigos de los cuales es el único sostén.

Es la Obra de la cual sois directores la que propor-



ciona los citados 660 francos. Este año han sido precioso tesoro, que nos permitió aliviar la miseria de muchos neófitos, á quienes la persecución redujo á la pobreza y lanzó de sus viviendas.

¡Año penoso el que acaba de transcurrir!

Yu-man-tse nos hizo guerra sin cuartel. Creíamos llegada la hora de morir: todos hicimos el sacrificio de nuestras casas y de nuestra vida. Temíase que Yu, cumpliendo su palabra, invadiera la capital. Afortunadamente no dirigió sus tropas á Tchentou, donde le dispensaran favorable acogida. Si entra en la ciudad, nosotros los primeros habríamos recibido su *grata* visita.

Remitiendo telegramas y más telegramas á Pekín, capital del imperio, logramos disminuir los males que afligían la Misión. Fué relevado el virrey interino, enemigo del Catolicismo, y la persecución cesó.

El embajador de Francia en Pekín, Mr. Pichón, ha desempeñado con talento y maestría su misión asaz difícil, y Mr. Haas, cónsul de la citada república, prestó á los misioneros muy señalados servicios.

A las negociaciones de Mr. Pichón se debe el edicto imperial de 15 de Marzo (1), muy favorable al Catolicismo.

En esta parte del imperio apenas si tuvimos noticia del edicto. Sin embargo, alentamos la esperanza de que en días lejanos ó próximos produzca buenos resultados, especialmente entre las masas populares, contribuyendo á que aprecien el valer de una Religión á cuyos jefes se reconoce igual dignidad que á los virreyes.

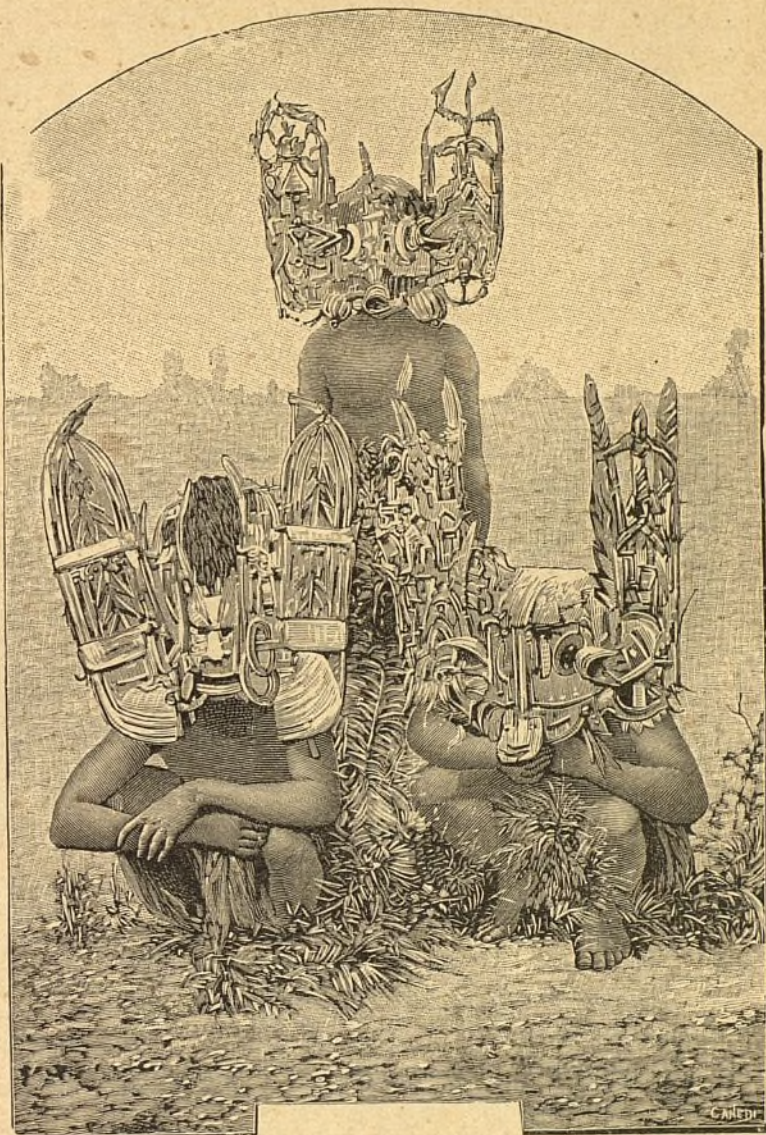
A pesar de las nubes negras y de deshecha tempestad azotar furiosa los misioneros y sus fieles, los cuarenta mil cristianos que en esta provincia se cuentan supieron mantenerse firmes y cumplir constantes sus religiosos deberes. De ellos ocho fueron muertos en odio á la verdadera fe.

Como la persecución hace algunos años no cesa, misioneros y sacerdotes indígenas, acostumbrados á sentirla rugir, temen poco sus furores. No obstante, de ellos dos ó tres han sido víctimas de tantos y tan repetidos desórdenes. El P. Grialou, de Rodez, sufrió horribles tormentos, y el P. Liceu, sacerdote chino, fué asesinado por los sectarios de Yu.

Actualmente en la Misión creemos estar seguros y en relativa paz, turbada todos los días por más ó menos fundadas alarmas.

Buenas son las disposiciones del Virrey y de su primer ministro.

(1) Véase *Misiones Católicas*, t. VII, pág. 146.



NUEVA MECKLEMBURG (*Oceanía*).—Insulares con máscaras  
Fotografía remitida por el R. P. D. V.

Amistosamente hemos resuelto la cuestión de las indemnizaciones debidas por las destruidas residencias y por las pérdidas que nuestros neófitos sufrieron. Con ambas Excelencias mantenemos relaciones cordiales.

Como anteriormente dije, no disfrutamos de completa paz. La provincia es grande, y turbulentos sus habitantes. Viendo que los principales mandarines nos atienden y hacen justicia, les acusan de haberse vendido, y de cómplices en los imaginarios y horribles crímenes que nos imputan.

Difícil en extremo es gobernar esta provincia. El Virrey, omnipotente en teoría, dista mucho de serlo en la práctica. Debe desconfiar de la mayoría de los mandarines, enemigos del extranjero, y también del ejército, hato de infelices vagabundos. Afortunadamente es un atento chino, tártaro de origen.

Su poder estriba en la honradez de su conducta intachable: horror le causa la palabra regalo. Es cierto que en esta nación todos los empleos se venden, pero él nunca aceptó nada para sí. Es muy rico, y el vulgo cree que ayuda al Emperador, su primo, á salir de los pecuniarios apuros. Esta honradez se impone á los mandarines, quienes obedecen y callan.

Mientras su excelencia el actual virrey Kuy gobier-



ne el Su-Tchuen, no sufiremos persecución general.

Ha encerrado á Yu-man-tse en la cárcel reservada á los grandes criminales, y es creencia general que habrá ordenado su muerte sin publicidad ninguna para no excitar las turbas que le seguían.

No quiero soltar la pluma sin hacer constar el empeño con que trabaja el cónsul francés para inclinar á favor de Francia el ánimo del Virrey.

Mr. Haas ha permanecido en la capital más de seis meses hospedado en nuestra residencia, y conferenciando todos los días con los grandes mandarines.

Si del éxito hemos de juzgar por el odio que contra él alientan los ingleses, creemos que no perdió miserablemente el tiempo, antes al contrario, que obtuvo para Francia valiosas concesiones de minas, ferrocarriles, etc.

A las instancias de Mr. Haas debemos agradecer que el Ministro de Relaciones exteriores haya dotado nuestro hospital de Tchen-tou de médico y farmacéutico pagados por el Gobierno francés.

El médico, gravemente enfermo, vióse precisado á marchar, pero esperamos sucesor. El hospital de Tchen-tou es edificio é institución muy digna de representar á Francia en estas lejanas tierras. Si vimos el éxito coronar pasados esfuerzos, agradecerlo debemos á los no interrumpidos socorros pecuniarios con que anualmente nos ayudáis.

Ingleses y americanos disfrutan de pingües subvenciones: médicos excelentes, suntuosos edificios, personal numeroso, nada les falta, sólo quizás el aprecio de los hijos del país.

Actualmente seguimos ocupando la primera fila en la influencia moral: si queremos guardar la ventajosa avanzada, deberemos imponernos costosos sacrificios, que solamente la gracia de Dios y vuestra generosidad pueden hacer posibles.

Then-tou es para la *Misión de exploración comercial lionesa*, la primera ciudad del inmenso imperio chino: esta es á lo menos nuestra opinión. En ella deseo que Francia ocupe el primer lugar, y para el logro de fin tan noble necesito auxilios tan frecuentes é importantes como los hasta hoy recibidos.

### Reconocimiento del cuerpo del Venerable Pedro Tuy

EL sábado 9 de Diciembre de 1899 se verificaron en el arzobispado de Lyon (Francia), bajo la presidencia de su eminencia el Cardenal Arzobispo, las canónicas averiguaciones para reconocer el cuerpo del venerable P. Tuy, sacerdote hijo del Tonkín (1). Es uno de los cuarenta y nueve martires pertenecientes á la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, que serán beatificados, *Deo volente*, durante el corriente año.

(1) La relación de su martirio puede verse en las *Misiones Católicas*, t. VII, pág. 135.

Los venerables restos del Mártir fueron en 1849 entregados por el reverendo Padre Superior del Seminario de la calle del *Bac* al Consejo central de la Obra de la Propagación de la Fe, en Lyon, y depositados en una capilla contigua al notable Museo de la calle Sala: demostraban su autenticidad múltiples documentos que acompañaban el precioso donativo hecho á la Obra.

El examen y reconstitución del cuerpo corrió á cargo de los Dres. Vincent y Contamin, quienes lo efectuaron en presencia de su eminencia el Cardenal Arzobispo, del P. Marcial de Prandieres, presidente; de los señores del Consejo central de la Propagación de la Fe y del Sr. Pablo de Rosiere, secretario del Consejo.

El M. Iltre. Sr. Buy, canónigo, desempeñó el cargo de notario apostólico, y el M. Iltre. Sr. Comte el de vicepromotor de la Fe. El Ilmo. Sr. Morel, redactor de los *Annales de la Propagation de la Foi*, fué elegido representante de la Sociedad de Misiones extranjeras de París, en calidad de vicepostulante.

Su eminencia el cardenal Coullié salió para Roma el jueves 14 de Diciembre, siendo portador del resultado de la información, del que debía hacer entrega á la Sagrada Congregación de Ritos, y de las notables reliquias que, según costumbre, deben ser ofrecidas á Su Santidad el Papa y á los señores Cardenales.

Años después de muerto, los restos del P. Pedro Tuy fueron trasladados á Francia, y cuando años después procedióse á la exhumación del cadáver y á abrir el ataúd, los asistentes fueron agradablemente sorprendidos por el suave olor que el cuerpo exhalaba, y por el agua clara y limpia que llenaba el féretro. Muchos enfermos bebieron del agua, y fué para todos fuente de salud.

El P. Tuy fué declarado venerable por decreto de Su Santidad el Papa Gregorio XVI, el 19 de Junio del 1840, y es como antes dijimos uno de los numerosos Mártires cuya beatificación confía y anhela obtener durante el corriente año la Sociedad de Misiones extranjero.

### Viaje á través de la Nueva Pomerania

por el R. P. J. V., de la Compañía del Sagrado Corazón de Issudun

Nueva Pomerania, antiguamente conocida con el nombre de Nueva Bretaña, forma un vicariato apostólico que comprende la isla así llamada, Nueva Mecklemburg (antes Nueva Irlanda) y el archipiélago Salomón. El Ilmo. Couppé extiende también su jurisdicción sobre el vicariato de la Micronenia. Inmensa es la extensión de estos dominios, escasamente poblados, y sumamente pobres, perdidos en la inmensa extensión del Pacífico á mil y mil kilómetros de toda tierra civilizada. La siguiente correspondencia describe la actual situación del país, y la manera como vive y se santifica el misionero trabajando para la regeneración y cristianización de los miembros más desheredados de la familia humana.

EL Ilmo. Couppé regresaba de Sydney á su querida Misión, de donde saliera dos meses antes. El Padre Mery y el que estas líneas escribe éramos sus compañeros de viaje.



La Divina Providencia nos condujo á estas playas, consagradas por los asiduos trabajos de nuestros antiguos misioneros. En ellas fijaron por vez primera sus plantas después de un año de penoso navegar. En ellas se repiten estos nombres extraños que dentro poco nos serán familiares. De ellas venían los relatos que edificaron nuestra religiosa juventud. Y hacia ellas, tierras lejanas que nunca soñamos contemplar, navegamos hoy nosotros. ¿No es fortuna muy grande el poder traer á estos misioneros diezmados, solos y cansados de luchar, el socorro del consuelo y el dulce aliento, el ver crecer nuestro celo al contacto de su celo y del fervor de las nacientes cristiandades?

Embarcamos en el *Paragón*, buque noruego de tres palos que se dirigía á las islas para recoger un cargamento de productos indígenas. Muy raras veces es posible hacer la travesía de Sydney á Nueva Pomerania, por lo cual es preciso no despreciar la primera que se ofrece. Las anclas de nuestro buque estaban echadas en una de las pequeñas calas que forman la parte de costa conocida con el nombre de Sydney Harbor. Nuestros hermanos en Religión nos acompañaron. Por última vez estrechamos sus manos, y el vaporcito que nos condujo al velero los restituyó á la playa. Nadie emprende viajes tan largos sin sentir vaga impresión de extraño temor, sin que el *adiós* no conmueva su alma, y no tiemblen sus labios al repetir *hasta más ver*. Pero nos entregamos á manos de la Providencia, único sostén de nuestras vidas. Fijos los ojos en el vaporcito seguíamos su marcha, y al verlo cada vez más lejano la tristeza enseñoreábase del alma, que imaginábase era aquel pequeño buque el único lazo que la unía á la tierra. Ya no veíamos los rostros de aquellos amigos ni el movimiento de los blancos pañuelos que nos repetían el último *adiós*, el vapor se confunde con cien otros que cruzan el puerto en todas direcciones, se pierde entre los cascos de los grandes buques, el bosque de altos palos, las columnas de humo negro que el viento extiende cual trise manto sobre los límites de la bahía, centro principal de la actividad australiana.

Un remolcador se acerca. Al empuje del hélice hierve el agua con fuerza que muere, y la chimenea lanza negros torbellinos. Atado á la grande masa del *Paragón*, silba con fuerza, y orgulloso da buena muestra de su poder. Avanzamos con majestuosa solemnidad. A ambos lados Sydney extiende las sinuosidades de su puerto magnífico, bañado por la pálida luz matutina, mal envuelto por los sutiles retazos de blanca niebla que flota sobre las olas azules.

A nuestra espalda levántanse los altos despeñaderos que acaban el doble círculo de rocas que cierran el puerto. Ante nosotros el Océano Pacífico inmenso, sin límite alguno. Las ráfagas del Sud que rugen violentas agitan las aguas del mar. A la parte opuesta del canal vemos los *Tanais*, mensajerías marítimas, que al compás de las olas bailan una danza loca. Y chocan con fuerza contra los flancos del *Paragón*, que sigue avanzando. El remolcador suelta el cable. A la orden del

capitán los marineros suben á los palos, se cuelgan de las vergas y de las antenas. Despliegan las velas todas y el viento las hincha. Nos lanzamos á la mar inmensa. ¡Adelante entre las olas inquietas, guardados por el Dios inmortal!

Favorable era el viento, pero más fuerte de lo que convenía á navegantes noveles. Casi sin solución de continuidad nos veíamos levantados en el aire, hundidos en el abismo, lanzados de babor á estribor y de estribor á babor. ¡Ah! túrbase la vista, flaquean las piernas y el corazón late con violencia. Inútil es intentar vencerse, recobrar el perdido dominio: nadie es capaz de resistir al mareo. Y tantos sufrimientos eran sólo dulce introducción á los que para regalarnos guardaba el turbulento mar: nos encontrábamos en la peor estación del año, y el piloto de Sydney anunció larga serie de tempestades. Sin embargo, empujada por el viento la nave, enderezada su quilla al Nor-este, seguía avanzando veloz. Después de navegar ochocientas leguas llegaremos, si Dios quiere, á las costas de Nueva Pomerania. El navío toma la ruta que ha de llevarnos á esta tierra casi desconocida, inexplorada; albergue de razas incultas, salvajes.

Cuando entre la niebla azulada del confín del horizonte desaparecieron las costas de Australia, se me antojó que el viajero salía, abandonaba el mundo. El alma siente se interrumpe la sucesión ordinaria de sus pensamientos, gime como si á romperse fuera la trama sutil de su existencia. Queda como suspendida entre un mundo y otro mundo. Cambia de súbito el punto de observación de las cosas humanas, y cual por mágico arte siente transformarse las apariencias á que vivía acostumbrada. El excursionista desde la alta cima de elevado monte ve extenderse bajo sus piés un panorama totalmente distinto del que contemplara en la llanura. Del centro del Océano se aprende á ver de modo nuevo la tierra habitada. En el estrecho círculo en que vemos correr nuestra existencia, podemos difícilmente formar un juicio general de cuanto nos rodea, de los hechos cuya sucesión forma nuestra vida. La proximidad agranda los átomos, y la distancia achica los montes. Roto por la distancia el pequeño círculo, todo ó casi todo se nos presenta monótono, igual; todo muestra su valor relativo á los ojos del espectador, cuya apreciación es entonces más exacta. ¡Cuán pequeños le parecen estos continentes en que se agitan los pueblos del mundo, á quien ha vivido un mes entre las olas poderosas de la mar inmensa!

Es igual ó muy parecido al efecto que producirían á un poblador de Marte ó Júpiter que lograra realizar la entretenida diversión de contemplarnos desde aquellas lejanas regiones. Pero la que especialmente parece mezquina, pobre, despreciable, es la porción de nuestro planeta que convenimos en llamar civilizada.

La brisa hincha las blancas velas, y la nave avanza entre las olas que se levantan cual altas montañas, ó se hunden cual abismos profundos. Y la nave sube las montañas, desciende á los abismos y corre sobre las aguas, meciéndose con la dulce tranquilidad de los cisnes.



Sentados sobre el puente hallámonos contemplando la líquida alfombra que nos rodea. Vista desde lejos es hermosa la magnífica inmensidad del mar; pero de cerca la mar es rugosa cual la vieja más fea, angulosa, cruzada en mil sentidos diversos de rayas extrañas sin orden alguno. Sobre ella se extiende el cielo, siempre pálido cual si el agua le robara el brillante color azul para ostentarlo vanidosa escondiendo su blanca palidez. Pero no es aquel azul purísimo que admiramos en el lago Lemán. Pudiera creerse que la mar sombría viste luto por las víctimas que hiciera, y que los eternos murmullos de las olas son los tristes gemidos de los muertos.

Pasados algunos días la lluvia nos sacó del puente, encerrándonos en los estrechos y sofocantes camarotes. ¡Cuán largas son las horas en esta reclusión perpetua sin que algo nuevo, un islote ignorado, un tronco flotante interrumpa la monotonía del horizonte! En esta absoluta carencia de distracciones, despiértase la memoria y adquiere nueva vida. ¡Con cuánto vigor, con qué precisión recuerda los tiempos que fueron, las alegrías y las tristezas de la vida, los padres queridos, los hermanos en Religión, los amigos que ha dejado quizá para no verlos jamás!

En la desesperante calma de esta monótona existencia, el más trivial suceso llama poderosamente la atención. Es acogido con entusiasmo, de él tratan las conversaciones todas, es considerado bajo cien aspectos distintos con el único objeto de animar las eternas horas desocupadas. Después de tres días de viaje tuvimos ésta que me atrevo á llamar ansiada suerte.

Oigo de súbito un gran tumulto en el puente. Los marineros corren y gritan y temen. Yo asustado echo también á correr, y veo al capitán que, sostenido por una cuerda atada al brazo, golpea impaciente el bordaje. En el entrepuente desatan aprisa un bote y se disponen á echarlo á la mar; y siguen corriendo y gritando, y adivino en sus rostros tristeza profunda. No cabe duda, un pasajero ha caído al agua. Al encontrar al Ilmo. Couppé y al P. Mery, pregunto por la suerte del infeliz. Inclinado sobre el empalmetado de popa logré ver al desgraciado naufrago. Era Tor, el hermoso perro del capitán, á quien un fuerte balanceo acababa de lanzar á las olas. Seguía nadando incansable y cerca del bote lanzado para salvarlo; recogido por los que lo tripulaban y atado á una cuerda, fué subido al puente. Temblando de alegría y emoción corrió á sacudir cabe nosotros su mojada piel.

El capitán quiere mucho al perro fiel. Tor se ha metido en la cabeza que tiene la misión de velar por la nave y el pasaje. Y es curioso espectáculo, especialmente durante la noche, verle rondar la nave con extraña regularidad. Al divisar los restos de algún naufrago ó los monstruos marinos que sacan la cabeza á flor de agua para admirarnos pasar, Tor saluda con furiosos ladridos la presencia del enemigo. Si algún marinero se acerca al lugar que en la popa los pasajeros tenemos reservado, grita con desesperada fuerza, y amenaza al intruso lanzando siniestros gruñidos y mostrándole los dientes afilados.

Otro personaje comparte con Tor el afecto del capi-

tán y las caricias del pasaje. Miradlo en su jaula saltando y haciendo muecas de la mañana á la noche. Es Jacobo, alegre mono, muy pequeñito, nacido en los bosques del Brasil. Su felicidad consiste en dar con alguna cuerda, y cogiéndola con fuerza ir tirando de ella hasta encontrar el fin. Tiene un puchero de metal que unas veces le sirve de tambor y otras de silla, sombrero, ó cepillo para su piel. Siempre inquieto, sólo suspende su batahola para dar inimitable saltos.

Todas las noches, colocada la jaula en el comedor, no lejos del sitio de la Hermana Luisa, que nos acompaña á Misiones, permanece quieto, fija la vista en la mesa. Por la fantasía de Jacobo pasa de súbito la ocurrencia de tocar el tambor, y sor Luisa corrige severamente su indiscreción. Entonces Jacobo queda quieto, muy recogido y cruzados los brazos sobre su peludo pecho. Pero momentos después olvida el recogimiento y se disipa, alarga sus brazos á través de los hierros, coge el vestido de la buena Hermana y se divierte tirando con fuerza.

Nubes parduzcas cubren el cielo, la mar ruge con creciente cólera, y su color parece siniestro, de luto; los anuncios del barómetro son amenazadores. La mañana del 29 de Enero soplabá el viento con increíble fuerza. A la voz del capitán los marineros suben á los palos y cargan las velas. No sin terror los vimos subir por las escaleras de cuerda que las furiosas rachas del viento parecía debían romper: empezaba el temporal, ó algo peor, más horrible que el deshecho temporal. El capitán dejó escapar de sus labios la siniestra palabra *hurricane!* (huracán), palabra técnica que señala el fenómeno meteorológico mezcla de tempestad y de ciclón.

Saltaba el velero cual loco caballo sin freno. Por babor le acometen furiosas las olas enormes, y otras no menos enormes contra él chocan por estribor: un crugido fuerte, más que el bramar del trueno, retumba por toda la embarcación, y el susto casi nos impide el respirar. Los pasajeros se refugian en la sala, se ataron las sillas á los tabiques y se afianzaron en el suelo. Pero escapándose de sus ataduras resbalan, corren, se rompen y forman extraño montón. Las negras nubes oscurecen el día: las olas pasan y vuelven á pasar sobre la escotilla de cristales por donde recibimos la luz, dejándonos sumidos en densas tinieblas. ¡Cuán largas horas de agonía! A la de comida se presentó el *steward*, y una fuerte cabezada le echó por los suelos á él y á sus cazuelas y platos y copas. El suceso nos divirtió, pero á nadie ocurrióle la idea de comer. El Ilmo. Couppé era el único que conservaba su imperturbable serenidad: subía al puente, y cogido con fuerza de cualquier hierro gozaba del espectáculo, que le parecía incomparable. En vano intentamos seguirle. Poco dispuestos estábamos para apreciar la grandiosidad de la tormenta; las fuertes cabezadas de la nave, las dolorosas caídas, y el incesante subir y bajar nos hacían insensibles á cuanto no fueran nuestros temores y nuestro sufrir.

Llegó la noche. El temporal rugía exasperado. Intentamos echarnos en la cama para ver si lográbamos





CAZADOR AINO.

dormir. En un abrir y cerrar de ojos el P. Mery fué lanzado sobre un banco, y ambos rodaron por el suelo hasta dar con un objeto que impidió proseguir tan incómoda marcha. Imposible mantenerse en el lecho. Menester fué atar los brazos y las piernas para salvarse de ser lanzado contra los tabiques.

En el exterior la imponente furia de los elementos desencadenados, y en el interior el general desorden convertían el insomnio en horrible pesadilla, en fiebre, en delirio. ¿Qué hacer atado en el lecho, sino encomendar con fervor desusado nuestra alma al Eterno, y entregarnos confiados á la que es Estrella de los mares?

Hasta las primeras horas de la tarde del siguiente día el viento no depuso su incansable fuerza. A las dos cesó por completo. Sin embargo, el rostro del capitán era más sombrío cada vez que consultaba al barómetro. La perturbación atmosférica aumentaba. Era prematura la esperanza que renacía en nuestras almas. El ciclón era inevitable; el ciclón, azote de los mares tropicales.

—Si se forma por este lado, dijo el capitán, nos salvaremos, si no...

—Si no, añadimos nosotros, ¡será lo que Dios quiera!

Bajé al camarote en busca de mi crucifijo y de una estatuita de la Virgen. A la que es Consuelo de afligidos invocamos con fervor, y confiados esperamos que Ella nos salvaría.

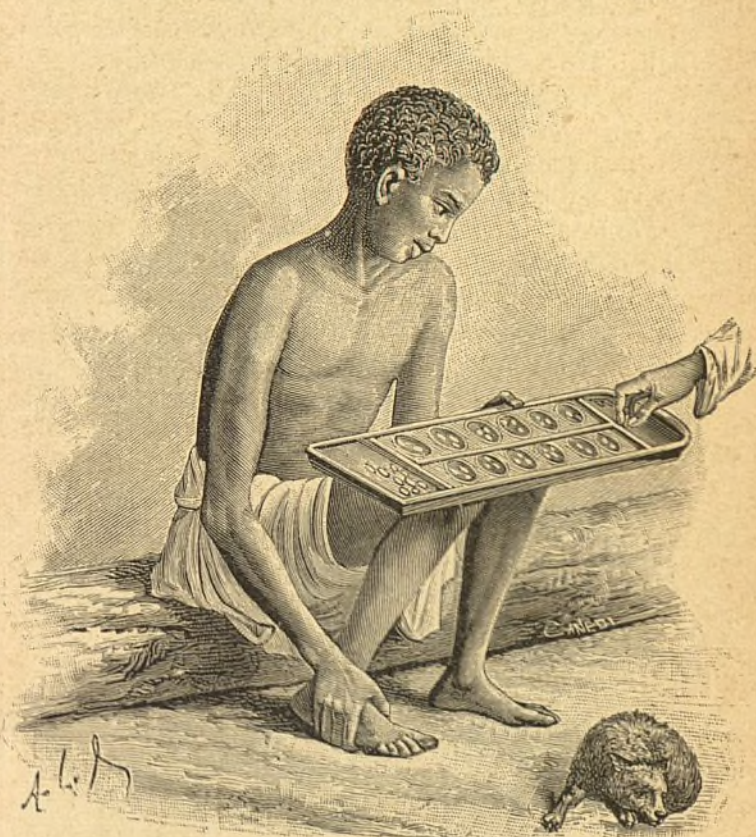
Calmosas pasaban las horas, las horas interminables de la terrible ansiedad. El ciclón no llegaba. Al morir la tarde subimos al puente. Todos los marineros ocupaban sus sitios esperando el ataque del monstruo.

Cabe el timón permanecía el capitán, atento, incansable, pues del manejo hábil y vigoroso pendía nuestra salvación. Pasó la tarde y pasó la noche sin que el ciclón se resolviera á atacarnos.

A la siguiente mañana nuestra situación era la misma. Siempre la mar agitada, hirviendo; calmoso y pesado el aire, sin los suaves soplos de la brisa y envueltos por la niebla densa. Señales todas ellas precursoras del ciclón. Después el viento se levanta, se desencadena, ruge con todo el irresistible empuje del huracán. Fué la segunda parte de la precedente tempestad. Por visible protección divina nos encontramos fuera de la más peligrosa zona de aquel fenómeno terrible.

Sin embargo, los dolorosos golpes, el insomnio, la dieta, duraron hasta la tarde del viernes. Era la víspera de la fiesta de la Purificación. En el rojizo cielo apareció el arco iris, nuncio de esperanza. La mar, cansada de las luchas pasadas, durmióse tranquila. Los últimos esfuerzos del viento lleváronse lejos los largos temores: los corazones latían henchidos de gozo, y agradecidos elevaban á la Reina del mar ferviente oración.

Ruda fué la sostenida lucha. La embarcación separóse de su ruta más de ochenta millas al Sudeste. El cuidado principal del capitán fué salvarnos de los escollos que pueblan esta porción del Océano conocida con el nombre de mar del Coral, y tristemente célebre por frecuentes naufragios. El viejo capitán afirmaba que en su larga carrera nunca sufrió tan rudo temporal. Nos dijo que en los momentos en que más imponente rugía la furia de la tempestad, arrodillándose sobre cubierta, exclamó:

ENTRE LOS NEGRILLOS.—Africano jugador de damas  
Dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 10)



—Señor, bien sabéis que no puede mi embarcación sostener tan ruda lucha. Salvadla, no por ella, sino por los pasajeros que conduce.

En Sydney dejó sentir su influencia la tormenta y llegaron á temer por nuestra suerte. El P. Treand nos escribió que se habían desencadenado las más horribles tempestades, causando no pocas desgracias.

Ya no debíamos sufrir más huracanes. Todos los días hasta llegar á la ansiada costa el mar mecióse tranquilo y bello, y sin apenas balancearse corría la nave por entre las olas. Todos los días celebramos el santo Sacrificio. Fueron aquellas, quizás, las primeras veces que la divina Víctima fué ofrecida en estos mares ignotos. Nosotros cumplimos en estos lugares la profecía de Malaquías: «Desde levante á Poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura; pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos. (*Mal. I, 11*).»

Allá en los confines del mundo quedaron cuantos más amamos. Su pensamiento fijo en nosotros nos acompañaba; y vive en nuestro espíritu su imagen querida. Dios, el Maestro divino, viene con nosotros, no quiere abandonarnos jamás. No en imagen, no en recuerdo, personalmente visita al misionero en las frágiles tablas perdidas en medio del gran Océano, le colma de gracias inmensas, y alienta su alma con palabras de vida eterna; pues El es el centro de todos los corazones, y en vez de destruir cimenta los santos afectos y permite que en los más solemnes instantes del Sacrificio augusto evoque nuestro pensamiento el recuerdo de cuantos amamos, y comparta con ellos las gracias que manan del Cáliz sagrado. Durante los cortos segundos del *Memento* os repetimos el *adiós* más dulce, más sentido, hermanos queridos, padres muy amados, hermanos en Religión, amigos inolvidables, generosos bienhechores. El común aprecio nos congrega á todos cabe la Hostia santa, como guirnalda cuyas flores separan agudas espinas.

Celebramos la Misa en el camarote de S. Ilma., algo menos estrecho que los nuestros. Colocamos en medio del lecho un altarcito portátil. Nos sirve de sacristía la parte izquierda del lecho, y de credencia la derecha. A izquierda ó derecha se coloca como mejor puede el sacerdote asistente. Fuera del aposento y ante la puerta se postran el otro misionero y sor Luisa, que son los únicos oyentes. Y esta fué nuestra catedral durante el largo viaje.

Calmosa es la marcha. El viento apenas hincha las velas, y del cielo caen ardientes los rayos del sol. Incubados por tórrido calor, en todas las dependencias de la nave los insectos y las moscas se multiplican. ¡Es una plaga de Egipto!

Sólo el vespertino crepúsculo nos regala con brisas más frescas. ¡Encantadoras tardes de la patria mía! Aquí no se esconde el sol con la majestuosa calma que admiráis en el cielo de Europa. Parece que abrasado por sus propios ardores corre á refrescarse en el Océano. Baja, se esconde, y casi sin solución de continuidad aparecen en el cielo las primeras estrellas.

No he acabado mis descripciones; falta aún la del buque. Parece marcha contento bañado por los rayos ardientes del sol, y meciéndose calmoso avanza por entre las olas tranquilas. ¿Dejaremos de visitar estas maderas que nos sirven para cruzar el mar?

(Continuará).

## LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

### V.—CARACTERES INTELECTUALES

La música y el juego.—Industria de la madera, del hierro, del agua y del fuego

NUNCA tuve ocasión de apreciar lo que de música instrumental y dibujo saben los negrillos del Gabón, pero presumo que sus conocimientos serán muy rudimentarios. En un poblado fan me enseñaron un singular instrumento hecho con un colmillo de elefante cuidadosamente ahuecado, parecido á una enorme flauta y adornado con muy curiosos dibujos: era obra de un negrillo, la más notable en su género. Por desgracia no pude recabar la cesión ó venta del curioso instrumento: estaba ausente el propietario, y debí contentarme dibujándolo.

Para entretener sus largos ocios se divierten golpeando con dos varillas un tambor rudimentario consistente en un tronco de árbol vaciado del interior hasta dejar en un lado una muy delgada tabla. Tienen otros instrumentos musicales que copiaron de pueblos vecinos.

También entre los be-kü vi un juego conocido de todos los pueblos del Africa, y que consiste en un madero plano con dos filas paralelas de hoyos, donde los jugadores echan y toman para echarlos de nuevo piedrecitas ó granos redondos, siguiendo determinadas reglas de todos conocidas. Este juego es no de azar, sino de cálculo, y el P. Trilles, *jugador* excelente, queriendo proporcionarme ocasión de dibujar un negrillo de color muy claro, hizo con él dos ó tres partidos, los cuales le demostraron que su competidor no tenía pizca de tonto. En los campamentos de verdaderos negrillos son desconocidos estos que podremos llamar rudimentarios tableros para jugar á damas: el citado era imitación de los vistos en vecinos poblados.

De industria innecesario es hablar tratando de negrillos, pues su especialidad estriba en no tenerla, ó mejor, en tener sólo la que conviene á su género de vida, sistemáticamente reducido á la sencillez más extrema. Sin embargo, vemos en sus casas los objetos de más estricta necesidad, prefiriendo, no obstante, aquellos que



la naturaleza les proporciona sin trabajo alguno: frutas vaciadas les sirven de vaso; de cajas cortezas que sacaron enteras de la rama ó tronco que protegían; de sacos pieles de los animales, etc. Pero es preciso convenir que no de igual manera hacen sus redes, los ingeniosos lazos, los nudos corredizos, ni preparan el veneno con que embadurnan las flechas, y cuya fuerza es tal que en brevísimo tiempo, como pude admirar, mata los mayores animales.

¿Saben los negrillos trabajar el hierro? Así lo afirma la tradición de las tribus que pueblan la costa occidental, tradición revestida de cierto carácter legendario, que recuerda la leyenda de los nutos de Bélgica, enanos, uno de cuyos caracteres era la metalúrgica clandestina.

«Hace tiempo, mucho tiempo, decíame un día Mwakaga, mi guía y mi amigo de Fernán-Vaz, vivían los a-koa en las cavernas de Kumu-na-Bwali (á orillas del Ngunyé, afluente del Ogowé). Eran pequeños, blancos y barbudos. Ellos, sólo ellos, fabricaban flechas, lanzas, hachas y cuchillos para el mundo entero, cuando aún nosotros no podíamos ni sabíamos hacerlo. La más rigurosa prohibición impedía verles trabajar. Pero un día hubo un hombre que supo encaramarse y esconderse en el tronco de un árbol que era alto, muy alto, y dominaba todo el taller... y desde allí miró...

«El director de los herreros empieza á trabajar, enciende fuego, y tomando hierro frío lo mete en él, forja y en vano intenta labrar una hacha; admirado de la inutilidad de sus esfuerzos, exclama: «¡Aquí hay gente «extraña!» Levanta la cabeza y ve al intruso escondido en el árbol. De súbito, cual malignos espíritus, desaparecieron los a-koas todos, les fué retirado el privilegio de trabajar el hierro, y el hombre descubridor del secreto lo enseñó á las gentes de su pueblo. Así aprendimos de los a-koa á fabricar hachas y cuchillos.»

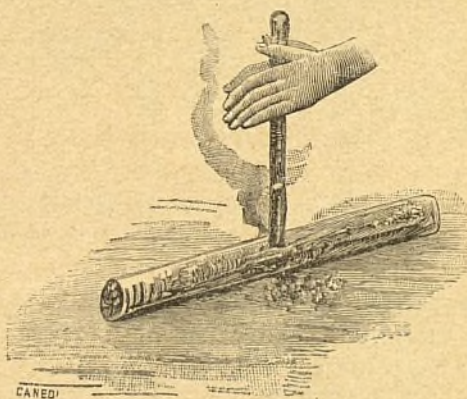
¿Es ingeniosa invención para explicar el origen de la industria del hierro, antiquísima en el Africa, ó recuerdo más ó menos legendario de un hecho histórico? Lo que parece indudable es que los negrillos de la Costa occidental y los del Este del Africa, actualmente compran lanzas, flechas, cuchillos y hachas á los pueblos vecinos con quienes mantienen comerciales relaciones. Stanley reproduce dibujos de las puntas de lanza de los wa-mbuti, pero á renglón seguido escribe: «Saben confeccionar venenos con perfección exquisita, y luego los regalan á sus vecinos á cambio de bananas, batatas, tabaco, cuchillos, lanzas y flechas (1).» Lo mismo he observado en todos los pueblos del Gabón.

En cambio los enanos del Atlas gozan fama de hábiles caldereros, y los ndorobos de la región massai,—descendientes mestizos de aquella raza primitiva,—son notables herreros, únicos de que se sirven sus poderosos vecinos.

Los negrillos carecen de piraguas, ¿por qué las ha menester un pueblo nómada? Cuando un río profundo cierra su marcha, con maestría y prontitud tienden sobre él un puente provisional hecho de lianas, y si el río es muy ancho, con cuerdas vegetales atan delgadas

tablas y forman una á manera de balsa, y es curioso espectáculo verlos pasar. Algunas veces se embarcan en gruesas cortezas de árbol de forma parecida á la de las piraguas.

Encienden fuego con asombrosa facilidad, sirviéndose de un eslabón de madera ó de un guijarro, con el cual producen la chispa. Esta es recogida en una especie de hongo que recuerda la yesca, ó sobre una borrrilla vegetal, muy seca, de la cual tienen siempre abundante provisión que les proporciona la palmera. Creo inútil una extensa descripción del eslabón de madera usado por los pueblos primitivos del mundo entero, y cuyo origen parece remontarse á los orígenes de la humanidad. Son dos maderos secos, fuerte el uno y blando el otro. Este colócase en tierra y lo aguantan los piés del operario, y en un pequeño agujero que tiene en su parte central, se pone verticalmente un extremo del madero fuerte: basta que las manos lo hagan rodar con fuerza. Con destreza, agilidad y paciencia, el madero acaba por humear, y «no hay humo sin fuego.» Esta operación exige, como se comprende, cierto trabajo, y para evitarlo, en los campamentos, lo mismo que cuando viajan, guardan cuidadosamente algún tizón encendido.



ESLABÓN DE MADERA

El fuego les alegra, y gustan todos de reunirse á su alrededor, en cuchillas, y tendiendo hacia la llama sus manos pequeñas. Durante la noche mantienen una hoguera en los campamentos, y no pocas veces gustan de dormir sobre las calientes cenizas.

Poseen y guardan cuidadosamente excelentes teas que el bosque cuida de proporcionarles. Les basta, por ejemplo, recoger la resina que exhala el *okume* (1) y meterla en la seca corteza de una rama recta. Les sirven también para alumbrarse los tallos del *amome* (2) atados con delgadas cuerdas: hilos y cuerdas las proporcionan abundantes las cortezas de algunos árboles, muchas textiles y lianas de toda variedad y tamaño.

Nada en cuanto llevo escrito debe sorprendernos. M. de Brazza me refirió que hospedándose un día en la

(1) El *okumé* (*Okumea Klaineana*, Pierre, así llamada del P. Klaine, misionero del Gabón, que fué quien descubrió y estudió sus flores y frutas) es un árbol de gran tamaño, que se encuentra en todos los bosques del Africa Ecuatorial. Su resina proporciona á los indígenas excelentes teas, y su madera magníficas piraguas. Sirve también para construcción de muebles de lujo y es exportada á Europa, donde es conocida con el nombre de falsa caoba.

(2) *Amomum atratum*. La pulpa del fruto, de sabor ácido y olorosa, es agradable al paladar. Sus especies son numerosas.

(1) Stanley. *Dans les ténèbres de l'Afrique*, II, p. 94.





NUEVA MECKLEMBURG (*Oceania*).—Indígenas en orden de batalla: reproducción de fotografía enviada por el R. P. J. V., misionero del Sagrado Corazón de Issudun. (Pág. 6)

casa de un jefe, á orillas de Likwala, afluente de la derecha del Congo, vió algunos negrillos, y preguntando:

—¿Quiénes son estos hombrecillos?

El jefe le contestó:

—¿Cómo? ¿no los conoces? Son los inventores del fuego.

(*Se continuará.*)

### El Real Colegio de Padres Agustinos de Valladolid de las antiguas Misiones de Filipinas (1)

A l final del Campo Grande, á la derecha de la bonita iglesia de San Juan de Letrán, se alza un severo edificio de piedra sillería, sin coronación ni cúpula, que atrae la mirada del viajero.

Es el Colegio de Agustinos Filipinos, centro de donde salieron las primeras Misiones organizadas para el Archipiélago, que albergó en sus espesos muros, y bajo la severa cogulla del fraile, sabios y pensadores, filósofos y teólogos profundos, geógrafos, naturalistas y poetas, muchos de los cuales han logrado por sus méritos puesto preeminente entre nuestros grandes hombres.

(1) Artículo tomado de *El Norte de Castilla*, diario de Valladolid, número correspondiente al 8 de Octubre de 1899.

Con la forma especial y dentro de los límites que el periodismo moderno exige, procuraremos dar á conocer, en sus varios aspectos, la fundación que nos ocupa.

#### *Un poco de historia*

El de Valladolid fué el primer Colegio de Religiosos que se fundó con el fin de fomentar las Misiones á Filipinas. Se denominó Colegio-Seminario, y su fundación data de 1736.

El rey Felipe V le tomó bajo su protección por Real cédula de 31 de Julio de 1743, y el Pontífice le otorgó su bendición.

El Papa Clemente XII, por su Breve *Justis et honestis petentium votis*, ordenó que los que profesasen en dicho Colegio añadiesen á los votos ordinarios el juramento de embarcar para Filipinas tan pronto les fuera ordenado por sus superiores.

La idea de la fundación de un Colegio de misioneros en España fué debida al P. Tomás Ortiz, residente en el convento de Guadalupe, próximo á Manila. Los superiores de la Orden aprobaron la propuesta del P. Ortiz, y dieron la comisión al P. Miguel Vivas, procurador en la Corte y comisario de las Misiones, que en unión de su vicerregente, P. José González, eligieron á Valladolid como punto de emplazamiento.

El P. General concedió licencia para la fundación en 1735, siendo nombrado el citado P. González primer rector del Colegio. Este se instaló provisionalmente en una casa alquilada al efecto, próxima á la iglesia de



San Miguel, hasta que en 1746 se trasladó á una pobre casa con huerta, contigua al sitio que hoy ocupa el Colegio, en cuyo terreno y otra parte obtenida del Ayuntamiento, comenzaron á levantar el edificio que hoy existe.

Aunque no consta cuando empezaron las obras, sábase por tradición que se puso la primera piedra en el expresado año de 1746, bajo la dirección y con arreglo á los planos del famoso arquitecto D. Ventura Rodríguez.

En 1786 se celebró la primera Misa en la capilla que hoy sirve de iglesia.

A últimos del siglo se construyeron el claustro ó galería transversal, y quedó cerrado el primer patio.

Durante la guerra de la Independencia sirvió el edificio de parque de artillería y hospital á los franceses; y éstos, sin duda en prueba de agradecimiento, cogieron á dos Religiosos agustinos que iban hacia el puerto de Santa María, con ánimo de embarcarse para Filipinas, y tomándoles por espías les fusilaron en Torquemada.

En 1820 fué exceptuado este Colegio, permitiéndole admitir novicios, y también fué excluido del decreto de exclaustación general de 1835. Todos los Gobiernos, aún los más radicales, han respetado el Colegio de Agustinos filipinos, estando siempre los profesos y novicios exentos del servicio militar.

Cuando el cólera invadió nuestra Península, parte del edificio fué destinada á hospital de coléricos, quedando suspendida la construcción por algún tiempo, hasta que reconocida por España en 1848 la república de Méjico,

ésta indemnizó á los españoles de los bienes que allí dejaron, recabando los filipinos parte de lo que valían sus posesiones, con cuyos recursos se reanudaron las obras en Noviembre de 1853 hasta 1860, en que quedaron cubiertos los lienzos de Oriente y Occidente hasta el segundo piso.

En la primera guerra civil que ensangrentó nuestra patria, volvió á ser destinado el Colegio á hospital de sangre, interrumpiéndose la edificación hasta 1883, en que se reanudaron los trabajos, cubriéndose el tercer piso de más de la mitad de los lienzos de Oriente y Occidente, se terminaron dos coros, dos sacristías, y elevóse la iglesia hasta la cornisa, quedando sólo por construir las torrecillas laterales y el atrio central que coronan la fachada en el plano de Ventura Rodríguez.

#### *Descripción del edificio*

Este se construye, como ya hemos dicho, con arreglo á los planos de D. Ventura Rodríguez, que se conservan en el Colegio firmados por el autor, y que llevan la fecha de 18 de Octubre de 1760.

Forma el edificio un cuadrilongo de 105 metros de largo por 62 de ancho, y se compone de entresuelo y dos pisos más, que dan una altura total de 18 metros. Tiene cuatro fachadas. La principal ó del Norte, consta de tres cuerpos de piedra sillería, formados por intercolumnios de orden dórico. El cuerpo central corresponde á la iglesia, y se compone de tres intercolumnios y dos hornacinas para estatuas á los dos lados de la puerta del templo. Sobre ésta se ve una lucera circular, y coronará el centro de la fachada un elegante



SIRIA.—VISTA GENERAL DE LA BAHÍA DE DJUNICH EN BKERKI: reproducción de fotografía remitida por el R. P. Saliege



frontispicio circular que se halla en construcción. También están empezadas las torres laterales.

La fachada del Mediodía ó posterior tiene quince ventanas en cada piso, y sobre el último una galería de 17 arcos, dos torreones extremos y uno central, en el que se halla instalado el observatorio.

Las fachadas de Oriente y Poniente son iguales y tienen cuatro filas de 26 ventanas simétricas de un metro de ancho por dos de altura, excepto las del piso entre-suelo, cuya altura no llega á un metro.

Si del exterior pasamos al interior, nos encontraremos con

#### *La iglesia*

Esta se halla también en construcción, y aunque de menores dimensiones afecta una forma parecida á la de San Francisco el Grande, de Madrid. Su traza es circular, rodeada de cuatro simétricas capillas con cuatro tribunas altas que ensanchan el templo á manera de cruz; entre capilla y capilla hay tres grandes puertas de acceso, excepto en uno de los lados, que se hallan los coros alto y bajo. El templo irá coronado por una gallardísima cúpula rematada en un templete y una cruz.

La altura desde el piso hasta el final de la cruz de la veleta del cimborio, será de 40 metros. Las proporciones y molduras que adornan el templo corresponden al arte clásico, habiendo en el arquitrabe fajas del jónico.

#### *Los claustros*

Son dos, el alto y el bajo, que forman dos cuadriláteros con 9 arcos de medio punto cada uno por lado, con sus bóvedas y lunetas. El inferior tiene pedestales y pilastras de piedra, mide 4'20 metros de ancho y 6'16 de altura, y el superior la misma anchura por 5'60 de alto.

Al exterior las cuatro fachadas dan al jardín, y forman un cuadrado de 32 metros de arista.

Cada fachada consta de dos cuerpos, correspondientes á los dos claustros, y tiene 18 grandes arcos.

Todas ellas son de piedra, siendo clásica la decoración del cuerpo inferior, y jónica la del superior.

En la parte central interior de la fachada de Oriente, tiene su arranque la magnífica escalera principal, que se compone de dos tramos y 42 escalones de piedra de una pieza, con su gran balaustrada que termina en artístico jarrón también de piedra. Dicha escalera da acceso del claustro bajo al alto.

En la bóveda se ven tres cuadros al óleo debidos al pincel de Seijas; uno representando las armas de la Orden, otro á San Agustín subiendo al cielo, y otro una alegoría de la conquista espiritual de Filipinas por los Padres Agustinos. En el frontispicio de la escalera hay un gran crucifijo.

En los claustros se ven bastantes retratos de hombres ilustres de la Orden, hechos por los Padres Villán, Regidor, y algunos artistas filipinos.

Todos los claustros nuevos son una preciosidad por lo espaciosos y ventilados; en ellos hay una multitud de lámparas eléctricas, que de noche producen un mágico efecto al mirar en perspectiva tan amplios locales.

Recordamos también haber visto un antiguo reloj de

sonería, con multitud de timbres que señalan los cuartos y las horas con diferentes escalas musicales.

En uno de los claustros se conservan modelos de las primeras naves que condujeron misioneros á Filipinas, cuando el viaje se hacía doblando el cabo de Buena Esperanza, y se tardaba seis y siete meses en salvar la distancia entre España y su perdido Archipiélago.

(Continuad.)

## Un Verano en el Japón Boreal

### JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

**O**IGAMOS la *Runa* (canto del oso).

«El pueblo dijo:

«¿Dónde nació el oso bello? ¿dónde medró su amable cría? ¿de qué región proviene su gruesa cabeza? ¿dónde encontró la hermosa cola blanca? ¿Fué siguiendo el ameno camino del baño ó el sendero que guía á los pozos?

«El anciano, el valiente Wainamoinen, contestó:

«—No nació Ohto en un lecho, ni durmió en un pesebre. Ohto el hermoso ha nacido, su magnífica piel se formó en las regiones vecinas de la luna y del sol, en la patria de las estrellas, en brazos de Otawa (1). El muy grande Ukko, el espléndido rey de los cielos, arrojó á las aguas un copo de lana, que fué empujado por los vientos, hinchado por húmedo vapor, y llevado por las olas azules del mar hasta las costas de la isla Florida, hasta el promontorio de Miel.

«Mielikki, la encantadora virgen del bosque, la intrépida mujer de Tapio, se lanza entre las olas, coge el ligero copo de lana y lo esconde en su seno.

«Amante adormece á aquel que ama tanto en cunita de oro, suspendida del alto ramaje de un abeto. Ella alimentó á su Otho, de hermosa piel, cobijada por abedul respetuoso, en el bosquecillo de los pinos, entre las flores henchidas de miel.

«Pero Otho carecía de dientes, y las uñas no adornaban sus patas. Mielikki, la señora del bosque, la intrépida mujer de Tapio corre por todas partes buscando dientes y uñas para su oso querido, visita las colinas siempre verdes, las llanuras cubiertos de pinos, los campos ricos en árboles frutales. Un pino, un abeto se levantan sobre sus troncos. Brillaba en el pino una rama de plata, en el abeto una rama de oro. Kawe desgaja ambas ramas con la mano, y las convierte en uñas y dientes para su Otho.

«Y ella edificó con madera de ciruelo una *tupa*, y quiso que en ella habitara su oso, en vez de correr los pantanos, de vagar por los bosques y extraviarse por las llanuras... (Kalewala, *Runa* XXIII).»

¿No es lógico deducir del precedente canto, que en

(1) Grande oso.



antiguos tiempos la mujer finnesa acostumbrara cuidar con solicitud los osos pequeños? Cuando grandes los encerraba en caja de madera, pero no por ello disminuía su solicitud.

La ainote, á quien fué confiada la alimentación del oso destinado al sacrificio, llega á amamantarlo; cuando es grande como un perro, después de encerrarlo ella misma en una caja, sigue alimentándolo y sirviéndolo con religioso respeto.

Además, cuando los ortiaks han muerto un oso, lo desuellan, y cuelgan la piel en un árbol cabe uno de sus ídolos; luego le reverencian, humildes se excusan de haberlo muerto, y le manifiestan que si bien lo considera no debe culparles á ellos, pues no forjaron el hierro que lo hirió, y que la pluma que guiaba el vuelo de la flecha era de un pájaro extranjero (1).

Cuando los ainos ofrecen sacrificios al oso, después de larga oración repiten parecidas excusas con palabras casi idénticas.

«Oso, divino oso, le dicen, nos apoderamos de tu hijo, y lo hemos criado porque te amamos: la leche de una de nuestras mujeres te comunicó algo de la naturaleza nuestra, y no obstante, vas á ser sacrificado: bien quisiéramos no fuera así. Pero no te mataremos nosotros, sino la acerada flecha. No culpes á la flecha, culpa al arco que la lanza. No culpes al arco, culpa al alma de nuestra raza que debe tensar la cuerda hecha de corteza (2).»

¿De cuanto antecede no será lícito deducir que son los ainos una raza proviniente del Norte?

Algunos autores alemanes é ingleses afirman que los ainos no tienen semejanza con ninguna de las razas existentes. En apoyo de su aserto citan como principal argumento, la abundante vellosidad que dicen caracteriza este pueblo. Según ellos los ainos son los únicos vellosos.

Esta afirmación es inexacta.

A. de Quatrefages, en su obra *Etudes d'Anthropologie*, cita dos pueblos: los *Todas*, que habitan el Sud de la India, y los *Kubus*, indígenas de la isla Sumatra, que poseen en grado igual sino mayor el carácter de vellosidad, carácter que sumado á otras semejanzas psicológicas, inducen al citado sabio á creer que todas y ainos provienen de común origen.

«El carácter, dice, que más asemeja las dos razas que me ocupan, es la vellosidad. Sin caer en exageraciones que fueron justamente combatidas, Mr. Saint-John afirma una vez más, que los ainos tienen los miembros y el tronco cubierto de vello tan abundante como los *todas*. En ambos pueblos obsérvase el mismo hecho en los niños...

«Los caracteres morales de las dos razas son también muy semejantes. Los ainos son amables y atentos. Viven tranquilos y en apariencia felices, á pesar de su dura y aun precaria existencia (3)...»

Un notable aserto viene en apoyo de la opinión del precitado sabio, que afirma el común origen de *ainos* y *todas*. Marshall, distinguido etnólogo, opina que los *todas* pertenecen á la raza de los dravidianos, raza, dice, venida del Asia Occidental, muy afine, cree, á las tribus *ugriennes de la Siberia*, á los *fuinos*, á los *ostiaks* (1).

Pretende Marshall que los *todas* llegaron á su actual vivienda después de larga inmigración hacia el Sud, durante la cual debieron rechazar á la primitiva población de la India. ¿Por qué no serán los ainos un grupo de la raza dravidiana, grupo que se hubiera dirigido al Norte ó al Este por la Finlandia y la Siberia? Confirma el común origen de ambos pueblos notables afinidades psicológicas.

Prescindiendo de la vellosidad de que antes hablamos, el estudio del cráneo *aino* ha evidenciado á Quatrefages, que la configuración de los cráneos de *ainos* y *todas* son al menos muy semejantes.

«El color de la piel, añade, parece casi igual en ambos pueblos. El rostro ofrece en sus rasgos característicos notable parecido, á juzgar por los dibujados por M. Saint-John y sus predecesores. En ellos observamos los ojos horizontales, la nariz saliente, la larga cara de los *todas*. La semejanza de la frente de los dos hombres dibujados por el comandante inglés es asombrosa. La curva de la cabeza del hombre dibujado de perfil, reproduce exactamente la de la fotografía de M. Marshall y la del cráneo de hombre dibujado por B. Davis. Los recientes datos aducidos por M. Jansen pareceme sirven para apoyar estas notables semejanzas.

«Extraño me parece, sigue diciendo Quatrefages, que no exista próxima afinidad entre dos grupos humanos que rodeados de pueblos que todos en mayor ó menor grado pertenecen al tipo amarillo, presentan el singular conjunto de los caracteres del tipo blanco, el color de algunas razas negras y el extraordinario desarrollo del vello. En parte alguna vemos reunidos tal conjunto de iguales caracteres. Menester es proseguir los estudios. Si logramos ver confirmado lo que como mera conjetura indico, no deberá causarnos admiración. Por extraño que á primera vista nos parezca dicho resultado, sólo sería un nuevo ejemplo del esfuerzo poderoso realizado por algunas razas humanas para enviar muy lejos estas *chorretadas*, ó para dejar vivientes *testimonios* cuando han desaparecido casi en absoluto (2).»

Cuanto hemos dicho y copiado referente al origen dravidianno de los ainos, según mi modesta opinión no pasa de ser mera conjetura. Bueno y oportuno sería que los filólogos compararan las lenguas de ambos pueblos, para que olvidando el prejuicio de que es una raza solitaria, vieran si entre ellas existe alguna semejanza ó comunidad de origen; y útil sería también examinar con mayor atención las semejanzas físicas que puedan existir entre los tipos de estas diversas tribus, para unir las á los grandes troncos de razas humanas, cuyas raíces encontramos en las llanuras de Sennaar.

(1) *Dict. de toutes les religions du monde*. Migne.

(2) De la Bry. *L'Exposition de Sapporo*.

(3) De Quatrefages. *Hommes fossiles et hommes sauvages*, p. 567-568.

(1) Marshall. *A phrenologist among The Todas*.

(2) Quatrefages. *Hommes fossiles et hommes sauvages*. p. 569.



### Los ainos precedieron á los japoneses en todo el archipiélago

Se han suscitado numerosas discusiones acerca de la extensión de la raza aina en el territorio japonés.

El profesor Milne en un estudio presentado á la Real Sociedad Antropológica de Londres, fundándose en estudios arqueológicos afirma que la raza aina invadió todo el Japón. Dice que en todo el imperio encontró iguales instrumentos de piedra, cuchillos de sílex y otros que aun hoy se hallan con relativa abundancia en el Yeso.

Combatió la opinión expuesta el profesor Morse. Pretende este sabio haber hallado en grutas habitadas en remotos tiempos, objetos de sílex y junto con ellos groseros fragmentos de alfarería que no son de procedencia aina; pues los ainos modernos desconocen la alfarería, y nunca se oyó decir que una raza conocedora del citado arte lo llegue á olvidar.

Hace algunos años que el profesor Chamberlain aportó un argumento decisivo en favor de la primera opinión, argumento tomado de los muchos nombres de ciudades ó pueblos japoneses, cuyas raíces se encuentran en la lengua hablada por estos primitivos pobladores.

Procuraré resumir la larga y erudita teoría.

«Las bases, dice, de mis estudios de nombres de lugares, son los siguientes:

«I. Los nombres de las ciudades del Yeso son en su mayoría ainos, y pueden servir de modelo para determinar el origen de los nombres de otros lugares del Japón.

«II. Los japoneses escriben los nombres propios de ciudades, ó ideográfica ó fonéticamente.

«Caso primero: ejemplo Nagasaki, Nagai saki (largo cabo). Es probable que sea un nombre japonés: pues el que lo formó juntó de manera racional las palabras que componen el nombre (Nagasaki está fundado en el costado de un largo promontorio).

«El método fonético emplea sonidos sin atender su significación. Hablando en tesis general, los nombres así escritos son aquellos cuyo origen los japoneses desconocen, y que por ignorar el significado no pueden escribir ideográficamente. Este sistema casifonético, ha servido en todo tiempo á japoneses y chinos para escribir las palabras extranjeras.

«III. Dos causas determinan la corrupción de los nombres extranjeros adoptados por los japoneses. Primera: la dificultad que tiene su órgano vocal en la emisión de determinados sonidos; segunda: la afición desmesurada que sienten por la pronunciación china elegante y sonora.

«IV. En los casos dudosos los accidentes físicos del país me sirven de guía. Sin embargo, no debe olvidarse que la constitución física ha cambiado algo en el decurso de los siglos. El profesor Milne y Mr. Otori Kusuke nos enseñan que no pocas poblaciones que hoy se encuentran algunas millas lejos del mar, en siglos anteriores se levantaban sobre la desembocadura de un río.»



**China.**—Un misionero heroico.—El R. P. Fleury, misionero en Sou-Chou-an, escribe á su familia esta admirable carta:

«No relataré á Vds. la historia de mi cautiverio; más tarde, cuando los procesos en litigio estén terminados, les mandaré una relación pormenorizada. Hoy por hoy estoy desorientado, y les escribo á Vds. esta carta en una pagoda de Tat-sion. Como no hay oratorios, pues todas las casas de los cristianos han sido incendiadas, me alojo en donde puedo; me voy al templo de los ídolos, y tal vez allí es en donde estamos mejor.

«¡Oh ironía! esos mercados que atravesé el pasado Septiembre acompañado de las vociferaciones y de los gritos de muerte de un populacho delirante y ávido de la sangre de los cristianos, los atravieso ahora acompañado del mandarín militar y de una tropa de soldados que me forman una escolta de honor.

«Estos notables que, todavía hace poco, no tenían bastantes insultos para un pobre misionero, me reciben con todo el ceremonial chino, y me felicitan por mi libertad.

«Han cambiado los tiempos, y parece que reina una paz relativa.

«A mi vuelta del cautiverio, Mons. Chouvellan me ofreció una licencia de un año y un puesto lejos de la persecución. Rehusé tanto la licencia como el puesto. He sufrido todo lo que un hombre puede sufrir, pero conmigo han sufrido los cristianos...

«Era deber de monseñor no exponerme á un nuevo cautiverio; el mío era no eludir ninguno.

«Supliqué á mi Vicario apostólico que no me mandara á Ho-pao-Tchang, mi antiguo puesto, sino á Tat-sion, la patria de Yu-man-tsé (1), el centro de la persecución. El Prelado me escuchó y me mandó á donde yo quería ir, al puesto más peligroso. Después de todo lo que he sufrido, ya no me espanta la muerte.

«Si un europeo tiene que morir para traer la paz á esta región, estoy dispuesto á ser la víctima designada. No me hago ilusiones; el porvenir no está seguro; el horizonte está lleno de sombras, y muy bien sé que muchas gentes, y hasta mandarines desean mi muerte, porque mi presencia les estorba, y porque conozco demasiado sus antecedentes.»



**Abisinia.**—Un misionero capuchino, francés, escribió no ha mucho á otro una carta, en la cual le daba cuenta de un caso acaecido en Lafto (Abisinia) con tres jóvenes convertidos al Catolicismo por el celo de nuestros misioneros.

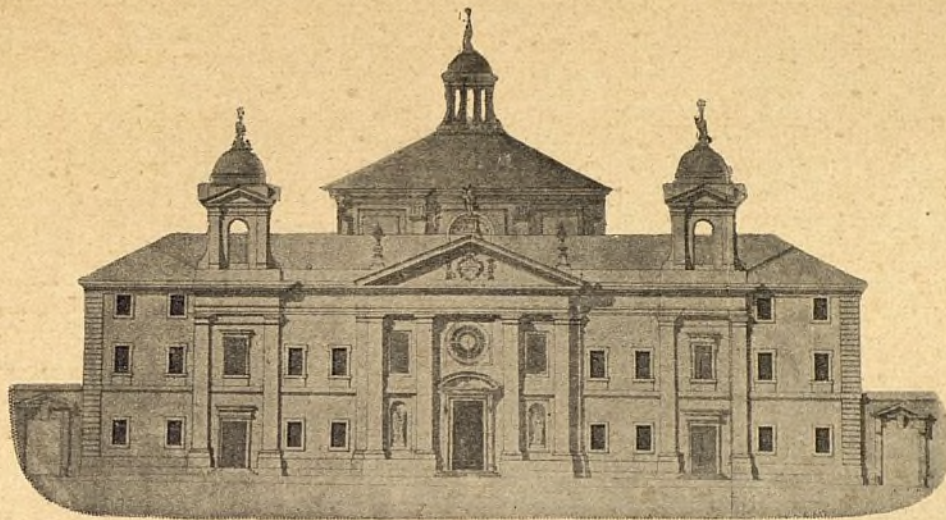
El mayor de ellos, dice el Padre, joven de dieciocho años, intimado por el jefe musulmán á que abandonase la Religión católica y á que abrazase de nuevo los antiguos errores, respondió lleno de santa energía: «Podéis hacerme mil pedazos, pero arrancarme la fe y la verdad que yo he recibido de Dios por medio de los buenos misioneros, eso no lo conseguiréis jamás, jamás, jamás.»

Luego se acercaron al jefe musulmán los dos hermanos del anterior, mas jóvenes que él, para hacer la misma sublime confesión.

Irritado el jefe, convoca en su presencia una turbamulta de sacerdotes mahometanos, y en su presencia les intimó á que tomaran las cruces que llevaban pendientes del cuello y las piso-

(1) Como puede verse en la correspondencia de la pág. 4 este terrible perseguidor parece ha recibido el justo castigo de sus múltiples crímenes.





ESPAÑA.—VISTA GENERAL DEL REAL COLEGIO DE PP. AGUSTINOS DE VALLADOLID Reproducción directa de fotografía remitida por el P. Díez, agustino. (Pág. 12)

tearan allí mismo; pero los heroicos confesores de la fe permanecieron constantes en ella, y respondieron con cristiana altivez: «Podréis quitarnos la vida, pero la fe y la gracia de Jesucristo, jamás.»

La madre de estos tres jóvenes, mahometana, temiendo la muerte de sus hijos, les suplicaba puesta de rodillas y con las lágrimas en los ojos que renunciaran la fe de Jesucristo, pero ellos, firmes en su propósito, resistieron con valentía todos los halagos y súplicas de su madre.

La causa se verá pronto en el tribunal abisinio, que es cismático, donde esos esforzados campeones de la fe están dispuestos á dar testimonio de su fe aun con la sangre de sus venas.



EL TELÉFONO DE LOS INDIOS.—En una narración de viaje por entre los indios de la región del Amazonas, M. Jo é Bach da á conocer un instrumento curioso de que se valían aquellos indios para comunicarse á la distancia.

Dichos indios viven en agrupaciones poco numerosas, de cien á doscientas personas á lo más, alojados en habitaciones ó *malocas* situadas generalmente á un kilómetro ó kilómetro y medio de distancia unas de otras.

En cada *malocca* se encuentra un instrumento llamado *cam-barysu*, que consiste en una especie de tambor de madera, cuyo cilindro, enterrado hasta la mitad de la altura, en la arena mezclada de fragmentos de madera, de huesos y de mica, es cerrado por un triple diatragma de cuero, de madera y de caucho.

Si se golpea en el tambor con un martillo de madera la transmisión del sonido se verifica á grandes distancias, y es percibido en los otros tambores situados en las *maloccas* vecinas.

La transmisión del sonido se efectúa por el suelo, porque los instrumentos están colocados en el interior de las casas y el ruido de los golpes se percibe apenas del lado de afuera de éstas.

Luego que la atención de las *maloccas* vecinas se consigue por medio de un golpe al objeto, la conversación se puede entablar entre los *cam-barysu* designados.

En opinión de Mr. Bach esta comunicación debería ser facilitada por la naturaleza del terreno; estarían los tambores sin duda asentados sobre un mismo filón rocoso, así no se podría contar segura la transmisión por los terrenos generales de aluvión.

Se ve en esto, de cualquier modo, un ingenioso perfeccionamiento del medio empleado por los indios para sentir los sonidos lejanos, medio que, como se sabe, consiste en aplicar el oído al suelo.

Esta audición por el suelo era en otro tiempo usada muy frecuentemente por estos pueblos en el curso de sus luchas de tribu á tribu.

## BIBLIOGRAFÍA

*Almanaque de los amigos del Papa.*—Publicado por la *Revista popular* de Barcelona visitó nuestra Redacción adornado con igual lujoso atavío artístico y literario que desde anteriores años lo coloca al frente de todos los almanaques católicos editados en España. Entre las distinguidas firmas que lo avaloran recordamos las del popular propagandista D. F. S. y S., del M. I. D. Jaime Collell, de Raquel, Aurora Lista, T. Aldrich, A. Gili, José Pallés, Mariano, Desiderio Marcos, etc., etc.; algunas hermosas traducciones de notables escritos catalanes y un hermoso Villancico letra de J. Malet, música de C. Casadevall.

Desde Portugal la benemérita Redacción de la *Voz de S. Antonio* nos ha remitido también su bonito *Almanach*, elegante volumen de 250 páginas adornado con profusión de grabados y cuyo variado texto léese con creciente interés. Al dar las gracias á las Redacciones de ambas precitadas revistas queremos hacer constar lo muy útil que juzgamos la publicación de almanaques católicos pues ellos contrarrestan, parcialmente hoy y totalmente mañana; los católicos se empeñan, la influencia perniciosísima de tanto almanaque inmoral como al morir el año surgen por todas partes anhelando malear y corromper lo poco sano que vive luchando contra la moderna sociedad sin Dios.



Con el título de *Higiene popular moderna*, la Escuela Tipográfica Salesiana del vecino pueblo de Sarriá ha empezado á publicar una utilísima serie de folletos originales del profesor Anacleto Ghione. Dos son los hasta la fecha impresos. Titúlase el primero *Higiene de las edades y en particular de la infancia*, siendo su lectura útil de manera especial á las madres de familia; y el segundo *Alimentos que provienen del reino animal*, contiene prácticas indicaciones sobre los alimentos más convenientes á las diversas edades y complexiones del cuerpo humano. Los tenemos en esta Tipografía.



*La Fe y los Gremis:* sermón catalán predicado en la iglesia de la Casa de Caridad de Barcelona por el Rdo. Dr. D. Jaime Estebanell y Suriñach, Pbro., capellán de la Casa, en la solemne fiesta que el Colegio del Arte mayor de la Seda dedicada anualmente



te á su Patrona la Reina de los Angeles.—Son sus períodos elo-cuente apología de los antiguos Gremios, que gustaban de reunirse bajo las seculares bóvedas del templo santo, que respetaban no explotaban el trabajo, y cuyo fin era procurar sirviéndose de todos los medios posibles la eterna salvación de las almas (1). Afirma que el Colegio del Arte de la Seda reemprende el perdido camino, único que resuelve los tristes problemas de la cuestión social; y acaba su discurso en párrafos henchidos del verdadero regionalismo, del regionalismo que debería nacer potente, avasallador en todas las regiones de España, y pidiendo á la Reina de la tierra catalana, la Virgen de Montserrat, vele por su reino, impere en los corazones de todos los buenos hijos que ansian la santa regeneración cristiana de la tierra española.



Hemos recibido y agradecemos, nuevos cuadernos de la lujosa edición de las Obras de Quevedo que la Casa L. González y C.<sup>a</sup>, editores Pontificios, publica, acreditando una vez más su bien sentado gusto artístico. Se suscribe en esta Administración.



Espléndida muestra de una empresa grandiosa acometida con resolución y entusiasmo es el tomo primero de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA CATÓLICA por R. F. Rohrbacher que, traducido con esmero poco común, é impreso con suma elegancia en su propio establecimiento tipográfico, ofrece ahora al público la benemérita Casa Editorial de San Francisco de Sales. Este volumen, que va encabezado con una *Advertencia preliminar*, el *Elogio de la obra y su autor*, por Luis Veuillot, y unas palabras del Autor á los lectores, contiene los diez primeros libros de la HISTORIA, en los cuales se narra, estudia y explica, en el primero, la *Creación*; en el II, la *Concordancia de Moisés y las antiguas tradiciones*, la *caída del primer hombre y la promesa de un Redentor*; en el III, la *vida de los primeros Patriarcas y el diluvio universal*; en el IV, la *confusión de las lenguas*, la *dispersión de las gentes* y la historia de *Abrahán, Melquisedec, Isaac, Jacob, José é Ismael*; en el V, la historia de *Job*; en el VI, *Moisés, la Pascua y la salida de Egipto*; en el VII, se analiza la *Ley escrita en sus relaciones con el pasado, el presente y el porvenir*; en el VIII se narran la *peregrinación por el desierto* y la *muerte de Moisés*, á que siguen profundas observaciones acerca de los trabajos de la Iglesia militante; en el IX, la historia de *Josué*, y en el X la de los *Jueces* y el *establecimiento de la monarquía*. El primer tomo abarca el período que va desde la creación hasta el año 1095 antes de Jesucristo, y lo completan copiosísimas y eruditas notas originales del eximio director de la edición española el M. I. S. D. Manuel González Peña y del concienzudo traductor del volumen D. Prudencio de Lapaza, y doctísimas disertaciones del señor Marqués del Socorro y los Padres Urráburu y Murillo, de la Compañía de Jesús, y Lasalde, de las Escuelas Pías.

Obra es la cuyo primer tomo anunciamos que en todas las naciones del mundo católico ha merecido el justo dictado de trabajo monumental. Inútil tarea sería intentar resumir los generales elogios de la que ha sido llamada la mejor *Historia de la Iglesia*. Gustosos felicitamos á la benemérita casa Editorial de San Francisco de Sales por tan oportuna, útil y aun necesaria publicación que tiempo hacia echábamos en falta en los catálogos de las españolas casas editoras; y gustosos recomendamos su adquisición á los lectores de las *Misiones Católicas*. Hállase en esta Tipografía.

M. C. G.

(1) Ordenanzas aprobadas por Carlos V de Alemania y I de España, año 1530.

## VARIEDADES

### La hija de San Fernando

I

EL DOTE DE LA INFANTA

ENTRE las nobles princesas que han nacido á la sombra del solio español, ocupa un lugar muy honroso D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla, hija del santo rey Fernando III y parienta cercana de la santa reina Blanca, por su abuela D.<sup>a</sup> Berenguela, y sobrina en segundo grado de San Luis rey de Francia. Nacida esta princesa del segundo matrimonio de D. Fernando con D.<sup>a</sup> Juana, heredó el valor de su padre y las virtudes de su madre, que la educó con todo el esmero y solicitud debidas á una persona destinada un día á ceñir la regia diadema. Viuda D.<sup>a</sup> Juana y viuda de un Santo, todo su anhelo, todo su amor fué para los hijos de éste, no tan sólo los suyos propios, sino los de D.<sup>a</sup> Beatriz, la primera esposa del Rey, de quienes fué verdadera madre.

Sucedió á San Fernando D. Alonso llamado el Sabio, hijo del primer matrimonio; y habiendo surgido una querella con Enrique III de Inglaterra relativa á la Gascuña (1), de la cual ambos se creían señores, determinaron dirimir la cuestión por medio de un matrimonio entre el príncipe Eduardo, heredero de la corona, y D.<sup>a</sup> Leonor, la cual traería en dote la tierra en cuestión. El príncipe debía ser muy joven, pues según la historia, aún no se le había armado caballero, por lo cual D. Alonso suplicó al Rey de Inglaterra le mandase á su hijo, que él le conferiría la Orden de caballería en Burgos, en donde estaba entonces la corte de Castilla.

Enrique III receloso y desconfiado, temió que el Monarca castellano quisiera armarle un lazo y apoderarse por engaño del príncipe y hacerse de este modo ceder la tierra que entrambos pretendían, pero el embajador que había negociado el futuro matrimonio del príncipe de Gales, Eduardo, con la Infanta de Castilla, y sabía la hidalguía del Rey castellano, tranquilizó al receloso inglés, y aun le hizo presente que no divulgase á nadie las sospechas que había tenido, pues á saberlo don Alonso no tan sólo negaría la mano de su hermana, sino que se haría suya la tierra, costara la que costara, y ultrajado en su honor, tal vez no pararía aquí la cosa; por lo cual tranquilizado el rey Enrique, mandó á su hijo á Castilla. Recibiólo D. Alonso como á verdadero hermano, saliendo á recibirle con toda la pompa que requería su ilustre cuna, acompañado de los principales caballeros de su corte vestidos con las más ricar armaduras, que brillaban como si fueran de plata bruñida, ostentando en el pecho de sus sobrevestas y en sus escudos las armas de sus casas.

(1) La Gascuña fué cedida al Rey de Castilla por el rey de Inglaterra Enrique II, y confirmada esta cesión por Ricardo Corazón de León y Juan su hermano.



Cubierto el Rey de dorada armadura y cabalgando un blanco corcel de raza árabe, llevaba á su derecha un caballero que sostenía el pendón morado de Castilla, el cual al igual de los demás caballeros iba montado en soberbio corcel, cubiertos todos como sus ginetes con armaduras, según usanza de la época.

El de Gales al divisar á D. Alonso se apeó y quiso besarle las manos, pero no lo consintió el Rey, y descabalgando estrechó al príncipe entre sus brazos, y á pesar de no ser armado caballero, á fuer de futuro hermano le besó en el rostro y le acompañó á su palacio, cogido por el brazo. Aguardábalos allí la reina D.<sup>a</sup> Juana, que á fuer de viuda vestía hábito religioso, según usanza de las damas castellanas (1), y D.<sup>a</sup> Leonor, la infanta, vestía de luto, que era en aquella época blanco en Castilla (2).

Al ver la belleza de su futura esposa se quedó muy sorprendido Eduardo, y después de haber hincado una rodilla en tierra pidió permiso á la Reina de besarla las manos, á la cual accedió D.<sup>a</sup> Juana, y después pidiendo igual gracia á la Infanta, ésta obtenida la venia de su madre acordó la petición del futuro caballero, y luego con los ojos bajos, á fuer de casta doncella, se despidió de su futuro esposo y se retiró á la cámara de su madre, acompañada de sus dueñas y doncellas.

Veló el príncipe aquella noche las armas en la iglesia, y al día siguiente D. Alonso le armó caballero, ciñéndole la espada su futura D.<sup>a</sup> Leonor, la cual llevaba sobre su albísima toca, que semejante á la que usan ahora las Religiosas, usaban entonces las castas damas de Castilla, llevaba, decimos, una corona de plata para no faltar al luto que traía de su padre, sin ningún otro adorno ni joya alguna.

Hiciéronse fiestas espléndidas, y los historiadores castellanos consignan en sus obras los grandes festejos con los cuales fué obsequiado el príncipe, á quien los anales de la época llaman en castellano antiguo D. Adoar.

Casóse la infanta con el príncipe, y poco después, separándose para siempre de su madre la reina doña Juana y del rey D. Alonso el Sabio, su hermano, se dirigió á Inglaterra, llevando consigo un pergamino del cual colgaba un sello de oro de peso de media libra, en el que estaba escrita la donación que el Rey Sabio hacía á su hermana la infanta, de la Gascuña, la cual traía D.<sup>a</sup> Leonor en dote al príncipe de Gales Enrique III. Recibió á su nuera con todo el cariño de un verdadero padre.

## II

### UNA ESPOSA COMO HAY POCAS

Levantado de nuevo el estandarte de la cruz y siendo el príncipe Eduardo un verdadero cristiano, quiso cruzarse y dirigirse á Palestina á la conquista de la Tierra Santa con aquella fe que animaba á la mayor parte de los caballeros de aquel tiempo. No menos valiente y piadosa D.<sup>a</sup> Leonor que su esposo, se aprestó

(1) En la dinastía goda desde que se hizo cristiana, las Reinas viudas que no tenían sucesión se retiraban á un convento durante su vida, como se ve en la historia de Adosinda. Las que quedaban en el mundo usaban durante su viudez, un hábito religioso.

(2) Blanco era durante la edad media el luto en Castilla, y hemos visto en prueba de ello aun hoy día en algunos templos de la misma, á imágenes de la Virgen de los Dolores vestidas de blanco.

á seguirle y tomó la cruz, como ya lo habían hecho antes de ella Margarita de Provenza, esposa de San Luis, y otras ilustres damas piadosas, á quienes no asustaba el ardiente clima, ni las pestes tan comunes entonces en Palestina.

Llegados á San Juan de Acre los dos esposos, doña Leonor dió á luz una niña, que sea por recuerdo de su abuela materna la virtuosa D.<sup>a</sup> Juana, ó para llevar el nombre del país que la dió el ser, fué bautizada con el nombre de Juana y se le añadió por sobrenombre el de la ciudad y fué conocida con el de Juana de Acre.

Pasó D.<sup>a</sup> Leonor con angelical paciencia todas las penalidades que la guerra y el clima de Palestina traían de sí, alentando á su marido y demás caballeros cruzados con su ejemplo y con su valor nunca desmentido, siendo la princesa española un verdadero modelo; pero en donde brilló su valentía en grado heroico hasta llegar á la temeridad, fué en una acción suya que ha llenado de asombro á la historia. Alojada la princesa con su esposo en una tienda de campaña, el príncipe, acompañado de unos caballeros hizo una salida contra los sarracenos: D.<sup>a</sup> Leonor se quedó orando, como era su costumbre: el eco traía á su tienda confuso el sonido de las trompetas de los cruzados que tocaban al ataque mezclado con el de los atabales y pífanos de los infieles y los gritos de los combatientes, cuando de repente cesó el ruido y la princesa distinguió á pesar de la distancia el clarín de los cruzados que señalaba la suspensión del combate. Pálida se levantó D.<sup>a</sup> Leonor, y su corazón cesó por un instante de latir.

—Se ha suspendido el combate, Margarita, dijo á una de sus damas que la habían seguido.

—Es verdad, señora, contestó impasible la joven dama, que era inglesa.

—¿Y no adivinas lo qué ha sido? prosiguió con inquietud la princesa.

—Será que habrá pasado la hora y los combatientes tendrán necesidad de rehacerse, contestó Margarita.

—En el campo ha habido alguna desgracia, dijo doña Leonor; dame mi velo y voy allá.

—¡Oh! no hagáis tal cosa, señora, observó la inglesa; una flecha perdida podría poner fin á vuestra existencia.

—Una flecha, repitió la princesa; y ¿crees que puede amedrentarme cuando en el campo el combate se ha suspendido á deshora y es el caudillo mi esposo? y cubriéndose con el velo salió de la tienda; pero unos guerreros que á ella se dirigían detuvieron á D.<sup>a</sup> Leonor.

—¿Qué sucede? exclamó llena de inquietud.

—Casi nada, contestó un barón inglés; el príncipe ha sido levemente herido.

—Milord, contestó la princesa, sé que sois hombre verídico, y no pongo en duda vuestras palabras, pero quiero ver á Eduardo.

—Aquí le tenéis, señora, observó el barón.

En efecto, Eduardo conducido en una camilla por cuatro cruzados, penetró en la tienda.

La princesa se arrojó en sus brazos.

—No es nada, Leonor, dijo el príncipe; un pequeño rasguño que no vale la pena, una flecha muerta que apenas ha entrado en mi costado; y mostró á su esposa una flecha, cuya punta estaba ensangrentada. Una da-





AINO PESCANDO CONCHAS Y ALGAS

ma inglesa, ya de alguna edad, meneó la cabeza con aire descontento.

—Si me perdona Vuestra Gracia, dijo, me tomaré la libertad de observarle que estos malvados infieles se sirven á veces de flechas envenenadas, y que en tiempo del rey Ricardo, el Bueno de sir Tristán murió de un pequeño rasguño como éste: yo en lugar de Vuestra Gracia llamaría á un médico.

—¿Qué decís, lady Lucía? dijo D.<sup>a</sup> Leonor alarmada; no un médico, sino todos, y al instante, sin perder un momento.

Y así fué, en efecto; llamados los facultativos, la flecha fué examinada, y uno que había hebreo, habitante en el país, meneó la cabeza con desconfianza, examinó la herida, y vió que se ponía negra; D.<sup>a</sup> Leonor no le perdía de vista, y olvidando toda etiqueta, le cogió por el brazo, le llevó á un rincón de la tienda y le dijo pálida y con voz acongojada:

—Dime lo que sucede; ¡desdichada de mí! ¿está envenenado el príncipe?

—Lo está, contestó el judío, pero hay un remedio.

—¿Cuál, cuál? dijo D.<sup>a</sup> Leonor fuera de sí.

—Es muy costoso, contestó el médico, y tal vez no podrá practicarse.

—Todo cuanto poseo, dijo la princesa casi delirante, todo lo del príncipe, todo por salvar su vida.

—Nada de esto se necesita, observó el hebreo; sólo sí que una persona chupe la sangre envenenada que salga de la herida del príncipe.

—¿Y nada más que esto? exclamó radiante de alegría D.<sup>a</sup> Leonor.

—Nada más, observó el judío; el príncipe curará, pero la persona que chupe su sangre puede morir.

Entonces la princesa se acercó á su esposo, el cual se había desmayado. Los caballeros le habían desarmado y le habían acostado en su lecho. Doña Leonor, radiante de belleza, brillantes los colores y sus ojos negros bellos como estrellas, se arrodilló junto al lecho de su esposo, abrió su camisa, arrancó la venda de su he-

rida, aplicó á ella su boca y chupó la sangre envenenada. El médico judío dió un grito y exclamó:

—Detened á la princesa: la princesa se mata. Doña Leonor tomó la espada de su esposo, que estaba desnuda junto á su lecho, y dijo:

—El que se acerque á tocarme muere; y continuó chupando hasta que desfallecida cayó al suelo junto al lecho de su esposo, con la boca llena de sangre y las tocas manchadas de ella.

Pocos instantes después el príncipe volvía en sí.

—El príncipe está salvado, dijo el médico hebreo.

—¿Y la princesa? dijo con ansiedad lady Lucía.

El médico calló é hizo seña que retiraran á D.<sup>a</sup> Leonor, la cual puesta en otro lecho, interin que los facultativos consultaban, lady Lucía y Margarita la prodigaban los cuidados que su estado requería. Dióse á la princesa una bebida que la propinaron los facultativos, y, sea que el veneno no fuese activo, que la pócima fuese eficaz, ó que Dios obrase un milagro, el caso es que D.<sup>a</sup> Leonor se presentó ante su esposo fresca y bella como siempre, viviendo aún en su compañía muchos años, muriendo treinta y cinco después de haber practicado la heroica acción que la hace llamar por todos los historiadores que de ella hablan, la heroína del amor conyugal.

Doña Leonor de Castilla bajó al sepulcro en 1290, siendo el ejemplo de Inglaterra é idolatrada de su esposo, que al saber el exceso de su cariño la veneró como una santa. Las damas españolas la admiraron y la tomaron también por ejemplo, y no dudamos que nuestras compatriotas, las hijas de esta hidalga tierra, nuestras abuelas, nuestras madres y nuestras esposas, todas estas virtuosas matronas que son, han sido y serán la delicia de nuestros hogares, harían si se encontrasen en igual trance el sacrificio de que les dió ejemplo la noble princesa y la valiente esposa D.<sup>a</sup> Leonor de Castilla.—C.



PESCADOR AINO



AÑO DE 1900

# LA HUÉRFANA

M. BOURDÓN

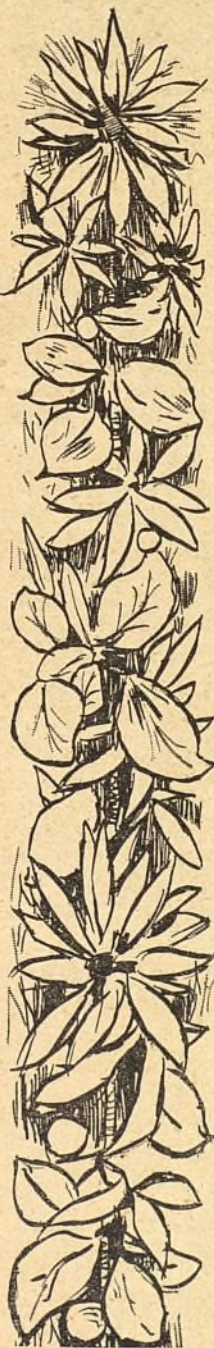
I



RAN momentos terribles los en que D.<sup>a</sup> Clementina Delaroche tomaba á sus sirvientas la cuenta del gasto diario. Si eran jóvenes y tímidas, temblaban al verla aparecer; si atrevidas y desvergonzadas, se divertían cuestionando con su señora por un manojo de rábanos ó media libra de manteca.

Doña Clementina era mujer á la antigua: refractaria á todo invento ó idea nueva, el sistema decimal no había podido entrar en su cabeza, y este era otro motivo de disensiones. Las criadas sabían los precios en céntimos y la señora no entendía más que de sueldos. De aquí que algunas veces no lograsen estar conformes en fijar el precio de las cosas, y la señora se indisponía con sus doncellas. No crea el lector que este empeño en rechazar todo lo moderno se originaba del buen recuerdo que la señora tuviese del tiempo pasado: doña Clementina hablaba de aquel tiempo con tristeza y amargura, y de la época actual con el más soberano desprecio. Tentado estaba cualquiera que la oyese de preguntar por qué se encontraba en el mundo aquella vieja tan áspera, tan gruñona y descontenta de todo. Pero si en el jardín de la vida vemos cortados magníficos arbustos que prometían excelentes frutos, y vivir mucho tiempo zarzales infructíferos, bajemos la cabeza, pues así lo dispone el divino Jardinero.

La señora había acabado de cenar, y levantándose, no sin algún trabajo, se acercó á la chimenea y sentóse cerca de una mesa vieja y sólida, en donde había un tintero de loza en forma de barca, joya quizás para algún anticuario; la calceta; dos ó tres libros grandes rotulados: *Cuentas corrientes*, *Arrendamientos*, *Gastos de la casa...*; un devocionario, un almanaque y algunos



números del diario de aquella población, que era la antigua ciudad de San Pol, capital en otro tiempo del Condado de su nombre, donde Carlos el Temerario ofreció espléndidas fiestas á Margarita de Anjou, y que diezmó José Lebón en los días del terror revolucionario. Hoy, despojada aquella ciudad de sus pasadas grandezas, pero enriquecida por la industria, es una de las cuatro subprefecturas del departamento de Paso de Calais.

La Sra. Delaroche tomó el registro de los gastos de casa, encabezó una de sus páginas con la fecha del día, y esperó, examinando cuentas anteriores. No tardó en llegar la cocinera, joven colorada, de cabellos crespos, ojos vivos, nariz corva: parecía un gallo dispuesto á la pelea.

—Ayer te entregué cinco francos para los gastos de casa, dijo la señora.

—Efectivamente, contestó la criada; pero no me queda un céntimo.

—Veamos, pues, en qué has gastado el dinero.

La criada iba diciendo lo que había comprado, y agregaba su precio por céntimos.

La señora iba apuntando por sueldos, haciendo la cuenta del equivalente, y esto, agregado á las indicaciones de parecerle caros algunos artículos, daba ocasión á interminables disputas. Lo peor fué que la sirvienta no recordó la inversión completa de los cinco francos, acabando por ponerse impaciente y agresiva. La señora insistía en que diera cuenta completa del gasto, supuesto que no le había quedado dinero, y contestaba la criada que no se acordaba y que todo lo había gastado, concluyendo por manifestar que no se la tendría por ladrona.

—Por ladrona no, contestó la señora; pero sí por una mujer negligente y descuidada.

—¡Yo negligente y descuidada! dijo con acritud la sirvienta. Venid á la cocina á ver mis espeteras y demás utensilios; podéis miraros en ellos la cara. ¡Yo negligente!

—No comprendes el sentido de mis palabras: es inútil querer emprender tu educación. Pasemos á otra cosa; ¿qué ha quedado de la comida de ayer?

—Nada absolutamente.

—¿Ni aun del asado?

—Tampoco. ¿Creéis que se pueden mantener tres personas con la carne que se trae?



—Cada una de vosotras come más que un soldado. A ellos se les da una ración de carne, y tú y tu compañera necesitáis cuatro.

—Esto no puede tolerarse (exclamó la sirvienta enfurecida). He tenido bastante paciencia en esta casa; y aunque debe tenérsela con los viejos, no sufriré se me regañe por el alimento. Podéis buscar otra cocinera, señora, porque yo no aguanto que me echen en cara lo que como. Me voy, y debéis persuadirlos que Ana se marchará también.

—Cumplirás los ocho días (respondió con sequedad la señora), y me darás cuenta de lo que me debes; si no te lo retendré del salario. Después podrás irte enhorabuena; no perderé gran cosa.

—Eso digo yo (repuso la criada con insolencia); no me habléis de estas casas en que cada lunes hay una cara nueva.

Salió, al decir esto, dando un portazo, y la señora la siguió con la vista, exclamando:

—¡Otra; otra ingrata é impertinente! ¡Qué siglo, Señor, qué siglo! Sería necesario estar loca para tomar cariño á esta clase de mujeres. Y ¿no sería locura amar á otra persona, cualquiera que fuese?

## II

**A**l día siguiente á las ocho de la mañana entraba el notario Mesnil en casa de la Sra. Delaroche, llevando bajo su gabán un saquito de dinero, y en uno de los bolsillos una cartera llena de billetes de Banco.

—Os traigo, señora, el producto de vuestras acciones de ferrocarriles (dijo al entrar, suprimiendo los cumplimientos habituales). Os traigo



también la renta del viejo Saunier, que ha vendido muy bien sus remolachas. Aquí tenéis diez mil francos de los ferrocarriles del Este: dos mil quinientos de los del Oeste, y mil ochocientos del arrendamiento.

La Sra. Delaroche dejó su calceta, se puso sus anteojos, y conto con facilidad los talegos y billetes de Banco.

—Ajustáis perfectamente las cuentas, mi querido Mesnil: voy á daros el recibo y á poner esto en lugar seguro.



—¿Queréis invertir alguna cantidad en renta del Estado?

—No; no tengo confianza en el papel. Lo único que me acomoda comprar son tierras. Es la mejor inversión que puede darse al dinero.

—Soy del mismo parecer, contestó el notario.

—Y ¿no os parece imprudencia guardar este dinero en casa? Por mucho menos se ha asesinado á otros.

—Tenéis criadas fieles.

—Sí, ¡hablemos de eso! Son unas atrevidas y desvergonzadas. Figuraos que me voy á encontrar sola y obligada á servirme á mí misma, si vuestra esposa no me encuentra dos sirvientas dentro de ocho días.

—Eso es grave, dijo el notario. ¿No habría medio de arreglarse con esas dos mujeres?

—Pero ¿cómo? Son insolentes, perezosas, glotonas, habladoras y vanidosas. Estoy muy mal servida: llamo, y nadie parece. Mi comida y mi cena, que son bien sencillas, están siempre descuidadas; los huevos no son frescos; las legumbres siempre mal cocidas. Ya soy muy vieja para cuidar de mi ropa, y de consiguiente se halla abandonada. En fin, sería muy desdichada si hiciera caso de estas pequeñeces, y sin embargo de mirarlo todo filosóficamente, tiemblo al pensar en los años que vengan y en las enfermedades que les acompañen. ¿Qué será de mí, si no tengo sirvientas fieles?

—Si os dijese, señora, lo que se quejan mi mujer y sus amigas respecto á las criadas, os haría estremecer. Parece que las criadas hábiles, afectuosas y honradas son una raza que ya no existe. ¿Quién tiene la culpa?

—Las revoluciones: todo el mundo se queja de ellas, dijo la vieja.

—Es muy posible, y esta es una cuestión digna de examinarse.

—En otra ocasión. Volvamos á hablar de las sirvientas. Necesito dos, honradas, cuidadosas, capaces... No soy muy exigente: sé lo que puede esperarse de la especie humana, y á falta de lo perfecto, me contento con lo pasadero.

—Pero ¿á dónde iremos á buscar ese pasadero? Los que tienen buenas y antiguas sirvientas, las conservan con cuidado, y las que andan de casa en casa, no valen, según mi mujer, el pan que comen.

—¡Pues me consoláis! dijo la Sra. Delaroche con bastante inquietud. ¿Qué será de mí en lo sucesivo? No hay que hacerse ilusiones; los años pesan, y el reumatismo me obliga á estar siempre al lado del fuego. Si enfermo, ¿quién me cuidará? Entregada á criadas advenedizas, vendrán á robar-me, á asesinarme tal vez. Los periódicos están llenos de historias trágicas... podría yo figurar un día.

—Albricias (interrumpió el Sr. Mesnil después de reflexionar un poco); lo encontré.

—Y ¿qué habéis encontrado?

—¿Os acordáis de vuestro primo Lorenzo Delaroche?

—¿Lorenzo, el profesor de matemáticas? Ciertamente; me acuerdo de él.

—Pues bien; ha muerto como sabéis, y ha dejado una hija.

—Bien, y ¿qué? ¿Pensáis que tome á mi parienta por cocinera?



—No, señora, no; pero podríais traerla á vuestra casa para que os acompañara, os cuidara; vigilara á vuestras sirvientas, y os prestara mil servicios en cambio de la protección que concedierais á esta pobre joven.

—¡Idea singular! En vez de notario sois el abogado de la viuda y del huérfano.

—Si así fuera, señora, me gloriara de ello, porque nada hay más recomendable que proteger al débil, así como nada más censurable que despreciarlo.

—¡Vamos, bien! No hay que enfadarse. ¿Conocéis á esa joven?

—Su padre era amigo mío de la infancia, y os aseguro que si no tuviera seis hijos y escasos recursos, hubiera rogado á Teresa que aceptase mi casa. No he podido hacerlo, y he tenido que abandonar á la joven á su triste destino.

—¿Qué destino? ¿El de una joven pobre? No es muy halagüeño, y algo sé de eso por experiencia propia.

Comprendió el notario el pensamiento de la anciana, y continuó hablando de la joven.

—Teresa se encuentra en la necesidad de expatriarse, porque se le ha ofrecido y ha tenido que aceptar una plaza de segunda maestra de enseñanza en la Martinica; y la pobre joven, bien á pesar suyo, va á marchar á las Indias Occidentales, como decían nuestros antepasados.

—¡A la Martinica! ¡Toma! Josefina Tascher fué allá, y volvió para encontrar una corona imperial.

—No deseo á Teresa suerte igual. Sí sólo que no vaya á enseñar el A B C á las chiquillas negras, y que pueda quedarse en un rinconcito de nuestra Francia.

—¿Qué tal es esa joven? ¿La habéis visto?

—Sí; fuí á visitar á mi amigo Delaroche cuando era profesor en el colegio de Provins; y su hija Teresa, aunque muy joven, dirigía la casa, y parecía hacendosa, activa y sobre todo muy buena.

—¿Linda?

—No.

—¿Fea, pues?

—Tampoco: rostro regular, buenos ojos, buen talle y nada más.

—¿Pero inteligente, viva?

—Nada de extraordinario: buen sentido, rectitud, un tono de voz muy agradable.

—¿Será una marisabidilla? Maestras ó directoras de colegios suelen tener ese vicio.

—No olvidéis que si toma ese partido es por necesidad imperiosa y como medio de subsistir. Su pobre padre, que temía por el porvenir de su hija, le hizo tomar el título de maestra de instrucción primaria; pero no de primera clase, porque obligada á cuidar de la casa y de una hermana pequeña, no ha tenido tiempo para aprender historia, literatura, dibujo, botánica y todo lo que se exige hoy á las maestras superiores.

—¿Y qué se ha hecho de su hermana?

—Murió, y deberíais haber recibido la esquela mortuoria. Su muerte fué un acontecimiento doloroso para aquella pobre familia: el padre no le ha sobrevivido mucho tiempo, y Teresa se halla sola en el mundo sin otro asilo que una casa de educación en Ultramar, á menos que...

—A menos que yo quisiera acogerla.

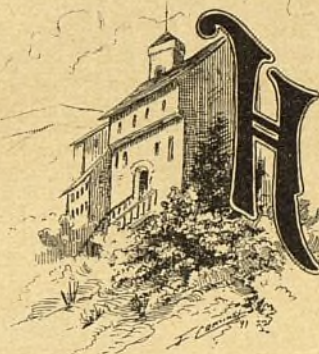
—Entiendo que para vos sería una ventaja, porque ella se dedicaría á cuidaros con el mayor cariño.

—No lo creo, y me hago justicia, Sr. Mesnil. Para ser querida es necesario ser amable, y sobre todo corresponder á un cariño con otro, y ese tiempo pasó para mí.

—Pero podrá volver; y en fin, ¿qué pensáis de mi idea?

—Ni la rechazo, ni la admito. Dejadme reflexionar; pero, si fuera posible encontrar dos buenas sirvientas del tiempo antiguo lo preferiría á tener en mi casa una señorita.

### III



AY en París, en el arrabal de San Germán, una modesta casa en que las jóvenes que han abrazado la ingrata profesión de maes-

tras y de ayas vienen á descansar de sus trabajos, ofreciéndoles grato recuerdo ó dulce imagen de la casa paterna, que las pobres jóvenes en su mayor parte dejaron para siempre. De esta casa salen cual golondrinas, que al acercarse el invierno vuelan á países lejanos, y van á recibir en casas desconocidas el pan cotidiano en cambio de la instrucción que proporcionan á criaturas extrañas. Pero de tiempo en tiempo vuelven á descansar un instante en la mansión que la Religión y la caridad les tienen abierta. Esta casa se llama el convento del Retiro, y allí se encontraba Teresa Delaroche en vísperas de emprender su viaje á América.

Estaba sola en su habitación, después de haber oído la Misa primera, cosiendo un traje de luto que no pensaba vestir en Francia. Sus pensamientos eran tristes, y las lágrimas asomaban á sus ojos, recordando que debía atravesar el mar, lo cual causábale extraña impresión de terror.

—¿Qué será de ti, pensaba, en aquella lejana tierra, donde no encontrarás persona amiga ni conocida?

A través de sus tristes ideas veía obscuro el porvenir, é intranquila pasaba los días llorando y rezando.

No era, según había dicho el notario Mesnil, ni linda ni fea. Su rostro pálido y delicado no habría llamado la atención en una concurrencia; pero su fisonomía agradable y dulce excitaba la simpatía de los que la trataban de cerca. Lo mismo sucedía con su talento. No era brillante, ni capaz de imágenes vivas y de expresiones felices; pero su buen sentido, su franqueza y la dulzura de su carácter hacían su conversación y trato muy agradables.

(Se continuará).



## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. . . . .	3	ptas.
José Cendrós, de Vall-lleu. . . . .	5	»
Vicente Sanz Bremón, de Valencia. . . . .	5	»
Una persona católica de Motrico. . . . .	6	»
Andrés Die Pesceto, de Orihuela. . . . .	12	»
Juan Manuel Calderón, de Marchena, por su elec- ción de estado y salvación eterna. . . . .	1	»
Raimundo de Lujando, de Calahorra. . . . .	5	»

## MARICIELO

novela original de la distinguida escritora católica

Aurora Lista

Ilustraciones de Ricardo Opisso  
Artística cubierta á dos tintas.

Precio: 0'50 ptas. en rústica,  
y 1 pta. elegantemente en-  
cuadernada.



MUESTRA DE LOS GRABADOS

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

# BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA

Por catorce pesetas al año se puede hacer en junto la suscripción á las tres publicaciones: **Revista Popular**, ilustración semanal.—**Misiones Católicas**, ilustración mensual.—**Buen Combate**, Folleto ilustrado mensual.

Se regalará en Enero **El Jubileo** del P. Mariano Fernández, obra indispensable á sacerdotes y fieles; además por Mayo ó Junio una interesante novela ilustrada, y por Noviembre ó Diciembre el **Almanaque de los Amigos del Papa**.

Mediante presentación de la faja de suscriptor, podrá adquirir éste varias importantes obras (cuyos títulos pueden verse en el prospecto) con notable rebaja.

El suscriptor puede también adquirir por 55 ptas. los siete magníficos tomos en folio de **Las Misiones Católicas**, cuyo precio para los no suscriptores son 92 ptas.

**PRECIOS:** España: Un semestre, 7 ptas. Un año, 14 ptas.—América: Un semestre, 10 ptas. Un año, 20 ptas.

Prospecto y número por muestra gratis á quien los pida.

LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino, 5, Barcelona (España).

**INCIENSO**  
AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN  
PARA LA IGLESIA,  
DEL DR. SASTRE Y MARQUÉS  
Aprobado en el Congreso  
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones  
Vino de ostras del Dr. SASTRE  
Y MARQUÉS. Recetado por los más  
eminentes médicos contra la ane-  
mia, enfermedades nerviosas, de  
estómago y debilidad general.

Esencia febrífuga del Dr. SAS-  
TRE Y MARQUÉS. Excelente remedio  
contra toda clase de calenturas in-  
termitentes.

Dr. Sastre y Marqués  
Hospital, 109. — Barcelona

## IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.  
HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera.  
**Imágenes** de talla de todas dimensiones y precios de los  
más económicos á las clases más artísticas.

**ALTARES.—TEMPLETES.—ORATORIOS.**  
**DE ACTUALIDAD.**

Preciosa escultura de Niños Jesús para Navidad.  
Hermosas imágenes de la Purísima.

**TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.**  
**120, Paseo de Gracia. — BARCELONA.**  
Por correo, apartado n.º 189.



## HOMEOPATIA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

## SOLUCIÓN

de **Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA**. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona